

ORIGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA



ORÍGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

EDITORES:

JOSÉ LEZAMA LIMA - JOSÉ RODRÍGUEZ FEO



Todas las colaboraciones y traducciones
son inéditas.



Ejemplar suelto \$ 0.50

Suscripción al año „ 2.00

Suscripción en el extranjero . . „ 2.50



Redacción y Administración:

J. RODRÍGUEZ FEO, Calle B, entre 12 y 14.

Reperto Almendares. La Habana, Cuba.

Talleres:

Impresores: ÚCAR GARCÍA, S. A.

Teniente Rey, 15 — La Habana, Cuba.

SUMARIO

LYDIA CABRERA: *La Jicotea Endemoniada*

VICENTE ALEIXANDRE: *No te conozco*

ENRIQUE LABRADOR RUIZ: *Pistiner toma su transferencia*

CINTIO VITIER: *La noche del viajero*

ELISEO DIEGO: *Los amigos*

JONATHAN JENKINS: *La sociedad en la Cuba antigua*

NOTAS

FINA GARCÍA MARRUZ: *Notas para un libro sobre Cervantes.*

Portada de OSBORNE

ORÍGENES

AÑO VI

LA HABANA, 1949

NÚM. 24

La Jicotea Endemoniada

Para Don Américo Castro

El Diablo hizo acto de presencia.

—“Aquíquiriquí, arroz con ají, me pica la lengua... ¡lo quiero decir!

A las doce en punto de la noche cantó el gallito de la cresta azul de Bánso, la candela. Y no dijo nada porque un balda asustado le volcó toda su agua encima.

El Diablo en la barbacoa sonó un tamborcito, —la chismosa ahuma y se ahoga—y dándose las manos, ¡enhora mala! danzaron tres damasanas, potalas, barrigas verdes venidas de muy lejos, señoronas.

..“Cccorico tunandé, ¡wó... o!”

Tres reverencias redondas y se rompieron las tres piponas.

La tierra y su noche bebieron aguardiente de caña. El Diablo aventó un polvo de pica-pica y pimienta de Guinea. Cacaró la gallina grifa clavada en la Palma Real: volaron grandes tataguas... ¡furún tá tá, furún tatá!

Dijo el Sapo:

Nsámbi uyá uyá

Sámbia uyé, uyé, uyé.”

Y después de un silencio, absorto y lleno, repitió dos veces:

—¡Kúa-ttró!

Cuatro y cuatro cabezas tenía el Maja que salía de su cueva.

El Bejuco-Garañón cantó con voz de Totí:

“Chín chín sekerebó sekerebó

Kión kión

Chié sekerebó;

Quío, quío, sekerebó.”

Y despertó la calavera de un sentenciado:

—“*Asún Papá quinquere yo?*”

El aire olió a sangre, a jengibre, a ajo y canela.

En el cielo, al fondo de la loma, un perro negro sediento, lamía los luceros; por la sabana una soga perseguía a un carabalí cimarrón.

La Mamá-Vieja bruja mala, que vino de Pachilanga, y no tenía más consuelo que un chirongó y una chingángá, vió de su socucho la cambiándola: vió que a las

doce el Agua se volvió Aguardiente y lo que estaba arriba se vino abajo y lo de abajo fué arriba. ¡Los quereketés, ruiseñores; las ñacencias, alfajor!

En los conucos retoñaban las guerras de maleficios. Pelearon con guadañas los maíces, y advirtió cabeceando Padre Maíz:

—“De joven tuve lisos los cabellos; de viejo, greñudos los tengo.”

Con risas, aullidos, dientes, alas y palabras rotas iba el viento oscuro.

Un Gallo cubrió a una Lechuza.

En el barracón, Tata Cundián pidió, para dar a luz, cocimiento de bacuey.

¡Tatá Cundian hombre tan hombre!...

—“Bunángunga kusolele, —suspiró el bafiota. ¡Y dió a luz un alfilerero!

Por la guardarraya, con navajas y toletes aguaitaba la trulla de chicherekús.

“¡Negro prieto, Cosa Mala!

¡Ay! Casco-de-Mula

Yo soy viyaya!”

(¡Morúmba, morúmba! ¡Diablería!) El brujo que mata las almas mandaba:

—“Dále, dále Cuallombo, y dále.

Lugambé no tiene madre.

Lugambé no tiene padre.

Lugambé no tiene amigo.

Lugambé no quiere a nadie.

Dúndu, dale vuelta a la noche.

Dúndu dale vuelta ligero,

Dúndu Malo...

Dúndu que yo te güiri

¡Abri cuto, fúiri mámba

Abri ménsu, mira mundo!”

Sin Dios ni Santa María, en la noche histérica, volaban sobre sacos de henequén las isleñas Mamacumbé, nacidas en Gara-

chico, en la Palma o Tenerife, que vendían pregonando sus baratijas: “¡Tijeras finas! ¡Gofio trigo traigo! Mariposas, canto dorado. ¡Tijeras! Zapatos de quince años para las niñas de cordobán. ¡Corta tijera fina!” Y las tijeras embrujadas, errantes en la noche, cortaban las venas del sueño, de la vida, a las niñas resignadas, ventaneras pobres de días iguales que les compraban con sus ahorros, sus zapatos feos y duros de cordobán.

El Anima Sola, en un Caballo-Esqueleto, con tres ramas quemadas, volvía del Monte Olivo: tocaba en cada puerta y sollozando, pedía una misa.

Las Nueve Animas de Lima rondaban los patios.

Un fantasma de faz lívida, dueño del fulgor de un candil, alumbraba la oración que rezaba de hinojos, desnuda y trémula de odio la Marquesa la Niña Crucha, atormentando a una rival: “con dos la mido y con tres la ato; la sangre de su corazón me bebo y el corazón le arrebato.

Diablería de Moyómbe, brujería mala de Mundela, Musundi y Luango esta lluvia cernida de arañas peludas que no caen al suelo estas ratas de fuego mortecino corriendo los aleros, y tantas viejas chochas vestidas de novia, mascujando azahares, renqueando detrás de un castrón: tantas cabezas decapitadas, posadas en las ramas de los árboles; tantos cuerpos sin cabeza apostados en las encrucijadas, mostrando heridas cruentas en los flancos que mueven los labios y musitan quejas, y suspiran dulcemente. ¡Y los zapatos y los ropones andando por los caminos, y en

medio de la plaza antigua del Gobernador, una enorme Vaca cangrina que se pasea ensombreada, con sombrilla y montecarlo; ¡y estos fetos verdes escalando muros!

—“Kómbo Nsila son Carire”: en un estrado dos zacatecas con esmero afeitaba a un Chivo. El Chivo prieto y bizco que se repantiga en las poltronas: leontina de oro grueso a dos ramales, en el meñique, tresillo de diamantenes.

—“¡Muy señor mío! Bien venido siempre. Para honrarle!”...

(¡Ay! Rico Caballero Diablo, pelucona manda mundo! El Diablo siempre en los salones y Jesús, pobrecito, friega los platos con los esclavos en la cocina!)

—¡Me desdoncellán, ¡gritó de pronto una calambuca.

Una dentadura postiza que atormentaba el hambre, soñando Masa Real, atacó a su dueño. Le comió una asentadera.

—¡Ladrones! ¡Guardias! ¡A Don Cirilo del Cerro le han quitado una nalga!

De verdad, las bacinicas son sombreros y a las mojigatas, cuando van de bureo con las Lechuzas, hacen favor...

¡Qué noche tan revuelta, ceniza, limón, alfileres y pimienta de Guinea! Noche de ahogos, de sobresaltos y caídas de abismos repentinos; de duelos de gatos, murciélagos y escobas y plumeros sucios. Tuerta, desgredada, tramposa y judía; noche de muertos extraviados, de agónicos blandones de hacha de cera y enlutados de alepin...

(El conde Barreto pactó con el Diablo.)

En cada oreja un barococo. Las ante-

nas de las cucarachas exploran sutiles los veladores y los lechos y en fatigante medio dormir, oyen las madres cómo chillan en los tejados los Ndokis pidiendo sangre de niños gordos.

Luchan, crujen, se parten esqueletos escondidos en las cañas bravas, y el Chipojo declama sus profecías en el cogollo donde aparece la luz blanca, que mata al que la mira.

—“¡Rosa la china morirá de amor!”

Antes que cantara el Gallo gris de la madrugada gimió el Fraile Andrés:

—¡No quiero ya mis ojos que han visto a Cachica!, (1) y el buen fraile se arrancó los ojos y los arrojó a un pozo.

Andando a ciegas, sin saber dónde había ido, el Fraile Andrés rezó en un valle su rosario. Con él oraban en rueda las Palmas Reales. El palmar suplicante subía a los cielos: Masoacaba, —Corazón de Palma—con voz susurrante le cantó a Dios, mientras lo abanicaba bella y lánguida, lo que ocurrió con las tres damasanas que tentó el Diablo Negro de la tierra Tátá Lubuísá; y el Señor Blanco del Cielo hizo al salir al Sol más temprano que de costumbre. Y a tiempo que el gran Chacúmbe Caracol-la-Mar lanzaba su Sarabanda y sus perros bravos y sus cantos poderosos contra el Espíritu Malo:

“Sarabanda Pé Mañunga

Sarabanda Kimbisi Kimbansa

Sarabanda Cosa-Bueno

Sarabanda yo a ti rogando.

¡Que hay malembo en los caminos!

Sarabanda vence lo Malo...

(1) el Maligno.

Sarabanda son los Vientos
Sarabanda Palo Duro
Sarabanda son Mayimbe
Sarabanda Susúndamba.
Sarabanda con tu bacocula
Sarabanda con tu centinela
Sarabanda con tu mayordomo.
¡Sarabanda abrió el camino!
¡Sarabanda Kimbisi Kimbansa!

y huían, se dispersaban las sombras perdiendo sus sombras en girones; las sombras malvadas y combatientes, que arrojaban sus cuernos, sus tenazas y puñales, y se abatían en el suelo indefensas, desarmadas.

La voz firme y secreta de Chacúmbe sembró el pánico entre la chusma revuelta y desatada del otro mundo, que voló a esconderse en las cazuelas, las tinajas y calderos de los brujos.

Y las almas encontraron el camino de sus cuerpos. Los muertos tornaron a morir y a descansar. Se cerraron hoyos profundos en la tierra. Todo volvió a su lugar.

(Se apaciguó el silencio.)

Amaneció el día transparente y los Angeles del despertar repicaron alegremente las campanas de la iglesia. El Fraile Andrés los vió pasar sobre el valle, diáfanos en los ecos de plata conmovida, por el azul tierno y puro, los Angeles risueños, juveniles de la alborada: y el Fraile Andrés tenía dos ojos nuevos, dos zafiros redondos y translúcidos, como los Santos rubios que vienen de Francia.

Una mulata, en la hora temprana, re-

gaba sin memoria de mal soñado, las flores de su patio.

Limpia, buena, fresca, —sin recelos—, la mañana del pueblo comenzó cantando su trajín.

(¡Alabado sea el café y el chocolate choroto!)

A la primera campanada de aquel amanecer de Dios que deshizo la noche del marte; el Diablo huyó a Cunánfinda y se entró en una ambarina.

—Linda flor, —pensó al mirarla Jicotea. Aspiró: —Pero no huele...

El Diablo se entró en Jicotea.

—¡Jo-í-o!, trino un Sabanero.

Acertó a pasar Conejo.

—¡Jayá purá!, —le dijo secretamente Jicotea. ¡Jayá purá!

El Conejo sintió tal endiablada coomezón de curiosidad que siguió a Jicotea.

—¿Qué significa Jayá purá?

—¡Jayá purá!

—¡Jayá purá!

El Conejo repetía en sus adentros devanándose los sesos, cruzando cada vez más perplejo las orejas ¡jayá purá!

—“Mi lengua está seca”—manifestó el Diablo en la lengua de Jicotea, y dirigiéndose al Conejo en el mismo tono confidencial:

—“Aguarda aquí. ¡Jayá purá!”

—“Jo-í-o, jo-í-o”—pitó el Sabanero.

Jicotea fué sin titubear a la guarida de cierta famosa señora Tigre. Se apoderó de su hijo, un cachorrillo que estaba solo y dormido. Dormido lo mató; bebió su sangre sin desperdiciar una gota, lo desue-

lla, y a toda prisa con su piel hizo un tambor...

El Conejo la aguardaba.

—“Conejo: ¡esto es Jayá purá!”

“¡E kerécutén-cutén-cutén é kérécuténquétén.

kutén kutén ketén. Kékején. Kérékétékutén... ¡bán!”

y brujo son endiablado, toca el precioso tambor para que baile el Conejo.

“Jayá purá”, a sus anchas, bailaba remenéandoes lindamente el Conejo cuando apareció la Tigre enfurecida, incommensurable: en los ojos el fuego terrible que el viento no aviva ni extingue la lluvia; y dentro del fuego, de un rojo más oscuro, dos pupilas atroces.

Jicotea retira prontamente sus mancs del tambor, y de éste, rodando al suelo, partió una vocecilla débil—un medio sollozo—que entre las yerbas murmuró:

—“¡Mamé, mamé wé wé! ¡Muleque nánfuire wé wé wé”... (Madre, tu hijo está muerto!)

Jicotea se esconde y la Tigre no ha visto a Jicotea. Ni Conejo ha visto a la Tigre.

Conejo pide más “Jayá purá”. Dice que quiere bailar hasta morir. Bailando subir al cielo, bailando bajar al infierno... Entonces saltó la fiera sobre el Conejo. Creyó un instante tener al asesino entre sus garras. Las uñas se le hundieron en la tierra fresca y todo fué como apresar una onda, un reflejo. Conejo se pierde a lo lejos entre un campo de millo.

En los ojos de la Madre Tigre el fuego

intenso se volvió agua. Brotaron los manantiales. (Cuando una Tigre llora nacen rícs.) Y su llanto, al fin, formó una hermosa laguna que copió desolada el cielo impávido y las nubes distraídas.

Nadando en aquel caudal de lágrimas se acercó Jicotea a la orilla y dió su pésame a la Tigre.

A poco la laguna se pobló de flamencos, yaguasas, aguaitacaimanes, garzas, corúas, marbellas, sibiayas, zaramagullones: todas aves melancólicas, con la tristeza de las aguas solitarias y extensas, siempre quietas. En el fondo nacieron joturos, cautivos, guabinas y biajacas.

Se anudó el jayún y colearon por millares los guajacones. Con la madre inconsolable, aves, peces, plantas, la laguna llora en coro:

“¡Muleque nánfuiri, nánfuiri!”

—“Jo-í-o, jo-í-o”, repite conmovido el Sabanero.

De repente gritó Jicotea: —Venganza! ¡Oh, Madre Tigre!, ¡que muera el Conejo! Venganza, justicia, ¡fón fón al Conejo! Y la Tigre acuerda: el odio cierra sus lagrimales. Era bueno llorar, manar indefinidamente hilos inagotables de agua dulce y clara. Pero la Tigre recobró su fiereza y se internó en el monte, buscando al asesino.

En buscarlo se acabó aquel largo día. Su instinto la lleva al fin, asomando la estrella de la tarde, hacia un bijagual donde hay un bohío, solo, mechudo, canoso y torcido.

No había nadie.

—“Paciencia. Aquí viene y vendrá a

dormir, —pensó la fiera olfateando al Conejo en el aire de su casa vacía. Y sin más entró y se alastró detrás de la puerta entornada, refigurándose, al acecho, entre chiribitas de odio, al pícaro enemigo de talla tan menguada...

—¡Chinguito de méngue !¡Bah!

Ciertamente allí vivía el Conejo; mas, cuando la noche había descendido enteramente y éste volvía a su casa, presente a la Tigre oculta por allí, quizá bajo su mismo techo. A una distancia más que prudencial, escondido entre sombra y matos, empieza a dar voces de dueño. Haciendo bocina de sus manos risibles, el Conejo gritó con autoridad insólita:

—Mi Casa! ¡Eh, Mi casa!

y los árboles, que confundiendo sus cabelleras se abandonaban secreteando unos con otros, se callan asombrados y prestan atención.

Los coros de grillos que empezaban a animarse porque ya palpitaban las estrellas más fulgentes y numerosas, se interrumpieron de pronto. El acento inacostumbrado del Conejo interesó vivamente a aquel trozo de mente y de noche que tan bien le conocía. Todo calla y escucha. Observa el Compai Cotunto.

La Tigre no se atrevió a respirar libremente. Era el silencio tan perfecto que un movimiento torpe, —“quieta cola mía, quieta, murmur—, un latido más fuerte, la sangre indiscreta que fluye demasiado aprisa, bastaría para descubrirla y alertar al Conejo.

Decididamente éste, a pleno pulmón, está llamando a su casa.

Mas la casa no responde. Tigre con mal disimulada angustia consulta las paredes cohibidas: no responden las paredes, pero la callada que adentro y fuera reina, la turba, la desconcierta. Aquel silencio todo atención, que clava en ella su ojo con obstinada fijeza, acaso va a denunciarla.

—¡Casa! ¡Mi casa! ¿Estás sorda?

Conejo se encoleriza y chirla.

—¡Casa donde puse mi confianza desde que nací! ¿Qué te ocurre? ¡Habla! Responde como de costumbre. Diría que no eres la misma si no te estuviese viendo, peluda y en tenguerengue. Todos los días desde aquí te llamo, y todos los días me respondes.

A costa de un calambre, la Tigre enco-gida, se esfuerza en reducir su tamaño; las pupilas del Cotunto, se dilatan y llenan todo el espacio del follaje inmenso de su árbol.

Prosigue el Conejo: —Si no respondes es que Kanga Macondo te cierra la boca. ¿Kanga Macondo? ¡Mano-de-Plátano!... Tigre jamás ha conocido el miedo de vivo a vivo. Ella lo inspira al más temerario. Pero Kanga Macondo, de noche sobaja las sombras que se arraciman a las espaldas y sí le intimidan las manos que estrangulan invisibles y la mano grande de Kanga Macondo que se desgaja del tronco y busca en la soledad del monte... Mirando a hurtadillas sin poder reprimir un temblor, sin atreverse a volver la cabeza, Tigre sintió en la nuca la proximidad de unos dedos fríos e implacables.

—¡Casa, tres veces más te llamaré; si

no contestas, me iré para siempre... Casa, ¡mi casa!

Resuelta a intervenir, pensó la Tigre; será conveniente que su casa le conteste.

—¡Casa te veo! ¿Estás ahí, si o no?

Y prudente fué la Tigre quien respondió por ella; al fin.

—¡Aquí estoy!

—¡Imbécil!

Estallaron los ojos del Cotunto.

Una carcajada unánime, —de árbol, de yerba, de piedra, de insecto, de pájaro, de agua, de astro; la inmensa carcajada de la noche acogió la respuesta de la Tigre. Y Conejo huyó a esconderse a sitio más seguro, y tan remoto, que cuando se detuvo a tomar aliento, se halló en camino de Sambí, la Vía Láctea.

Fué tal la impresión que esta broma causó a la Tigre que su razón enfermó. Al cabo de unos años de triste vivir, arrastrando una locura inofensiva, risible, murió no lejos del bohío abandonado por el Conejo. Porque la Tigre no podía pasar un sólo día sin ir a verle y decirle, y asegurarle en el tono más convincente, —pobre bohío que se venía abajo:

—“¡Sí, estás ahí Casa; estás ahí, estás ahí!”...

Y allí se estuvo hasta que le faltó el sostén de aquella voz que le hacía creer, a ratos en la vaga realidad de su existencia.

Jicotea fué la dueña venturosa de la laguna.

Sólo que andando el tiempo, a su gran sorpresa, la abandonaron de improviso garzas, yaguasas, flamencos, corúas, marbellas y sibiayas.

Desaparecieron los peces y las plantas, y los Gúijes, los ligeros duendes de agua dulce, filtrándose por una grieta, se internaron en la tierra, buscando por venas subterráneas el nacer de algún río.

Ya no espejó más el cielo, las nubes, las estrellas, la Luna que atraía a sus orillas en rioladas silenciosas, los entes más pálidos de la noche.

La Laguna comenzó a reducirse hasta ser una gota de rocío a punto de desprenderse del corazón sin perfume de una flor de ambarina.

LYDIA CABRERA

San José, 1943.

No te Conozco

¿A quién amo, a quién beso, a quién no conozco?
a veces creo que beso sólo a tu sombra en la tierra,
a tu sombra para mis brazos humanos.
Y no es que yo niegue tu condición de mujer,
oh, nunca diosa que en mi lecho gimes.
Pero yo no gimo de alegría cuando te estrecho.
Sobre la ebriedad del amor, cuando bajo mi pecho brillas
con el secreto brillo íntimo que sólo la piel de mi pecho conoce,
yo sufro de soledad, oh siempre allí postreramente desconocida.

Nunca. Cuando la unidad del amor grita su victoria en la ya única vida,
algo en mí no te conoce en la oscura sombra estremecida
que bajo el dulce peso del amor me sostiene
y me lleva en sus aguas iluminadamente arrastrado.
Yo brillando arrastrado sobre tus aguas vivas,
a veces oscuras, con mezcladas ondas de plata,
a veces deslumbrantes, con gruesas bandas de sombra.
Pero yo, sobre el hondo misterio, desconociéndolas.

Natación del amor sobre las aguas mortales,
sobre las que gemir flotando sobre el abismo,
hondas aguas espesas que nadie revela
y que llevan mi cuerpo sobre ausencias o sombras.

Entonces, cerrado tu cuerpo bajo la zarpa ruda,
bajo la delicada garra que arranca toda la música de tu carne ligera,
yo te escucho y me sobrecojo de la secreta melodía,
del irreal sonido que de tu vida me invade.

Oh, no te conozco: ¿quién canta o quién gime?
¿Qué música me penetra por mis oídos absortos?
Oh, cuán dolorosamente no te conozco,
cuerpo amado que no hablas para mí que no escucho.

VICENTE ALEIXANDRE

Pistiner Toma su Transferencia

A JOSÉ LEZAMA LIMA

— I —

Bienaventurada persona la persona de quien voy a hablar en primer término; bienaventurada aunque por sus caprichos llena de amargura en una porción de su vida. Residió en calle no despreciable, por meses, por años; disfrutaba de admiración, de una constancia curiosa, hasta de una lealtad. El tipo que se prendó de sus ojos, de la gran melancolía que el hada de los cristales había colgado en sus ojos..., pues sí, era un tipo en sus trece y sabía quererla. Lo que hizo después no obsta. Pero, ¡jella!

Algunas veces le decía Avaluz, el encargado del moblaje de la vidriera:

—¿No te sería mejor ser ese monigote que sirve en los ejercicios a los cadetes de la Cabaña?

A lo que Avaluz creía que le contestaban:

—Según. Una cosa es estar agujereado; otra, lacerado. Y sepa, señor mío, usted es un ignorante en estas materias. El infortunio, al revés que a otros, a nosotros nos llega muy avanzado ya lo que es el kundalini y su misterio.

¡Qué sonrojo para el pobre vidrierista!
¡Qué avasallamiento de alcanfor! Aunque él creía recordar una lectura de humo: "Por ciertas circunstancias deviene potísimo el calor del cuerpo; kundalini des-

pierta de su sueño como serpiente que silba y se yergue al sentir el golpe de un bastón..."

Me gustaría presentarme en este punto; será luego.

Volvamos la hoja.

— II —

Pistiner-Modas

El caballero polonés que le dió escolta y luego la instaló en la vida era, a pesar de todo, un romántico. Odiaba a la gente que le pedía cosas con rapidez; a la gente que no sabía gustar de los matices; a la gente, en fin, que carece de cierta delectación espiritual aun para hacer el comercio. Esto recordaba a Avaluz aquel vendedor de periódicos que pasaba por la calle, a las cinco en punto, vertiginosamente, y al decirsele, "oye, el periódico!", no tenía otra respuesta como no fuera, "cuando voy así no quiero que nadie me llame, ¿sabe?; me quita velocidad". Y extendía su papel refunfuñando.

Pistiner debaja marcharse a esos tipos impetuosos, o se hacía el desentendido, por sustentar el ritmo de su negocio. Y aunque no iba a ninguna parte concreta, igual que el vendedor de diarios, tampoco deseaba que le acortasen sus metas.

—¿Le atienden a usted, señor? Si no está de prisa voy a servirle yo.

Y el señor pedía sus encargos, eligiendo aquí y allá, pidiendo precios, calculando concienzudamente.

Una de estas metas consistía en conocer al dedillo todo lo que pasaba en su tienda, puertas adentro y hasta el dintel y el umbral de su puerta de calle; el porqué de esto; el porqué de aquello; cualquier otro porqué. Razonablemente quería estar al corriente de cuanto asunto se moviese en su torno, desde la situación de los pedidos hasta la colocación del rollo de envolver, el decidir dónde debía instalarse cada cosa y el conocer la causa de su ausencia en tal sitio y rasgos y rostros de cuantos se le acercaban. No concedía margen ni crédito alguno al azar y sus juiciosas previsiones eran círculos cerrados, círculos ferrados, cercos de acero, todo límite, todo limitación. ¡Ah, cómo iba a ser entonces grano de anís encontrar sobre su mesa, un domingo por la tarde, la tienda cerrada (y también su mente) a toda fusilería de la casualidad bailoteando entre sus facturas y documentos aquella transferencia con fecha domingo 19 de octubre de 1947 (el propio día) al número 293364, serie B-15, marcada a las 3 y 27, concedida de la lancha para el tranvía... ¿Cómo iba a ser?

Y se puso a concebir si esta singular tarjeta de visita, porque esto era o ésta parecía, no estaba ligada a un hecho...

— I I I —

—Estos seres—me habían dicho ya—no pueden resistir el menor agravio. Al primer desdén que creen advertir (¿y

quién podría inferírseles?) pierden el alma. Quedarán viviendo, ostentando brazos y piernas, las pestañas lucentes, tal vez una sonrisa; quedarán intactos, pero ¡ay! yo os lo aseguro, suenan a vacío. Cuando lo digo por algo es. Un acto de impiedad, eso que ellos creen *eso*, puede llegarles de tantos modos inocentes que más vale...

Iba a decir “¿es que se suicidan?” pero aligeré:

—¿Y de parte de quién?

—De parte de qué personas ¿se refiere usted?

Y luego, con mirada nada vacilante según intuí: :

—Tienen sentimientos, fuera de toda duda, y por lo mismo preferencias. ¿Se hace cargo? Lo otro no sabría explicarlo, atenido a la precisa definición de una lámina de médico. ¿Quién sabe del sexo así de pronto? Ni más despacio... Porque no hay que juzgar por las apariencias.

—¿Algo más?

—No me lo va a creer: estoy seguro de que lloran. Lloran y gimotean por lo que no pueden recobrar, le disputan los patrimonios al olvido, sucumben de desesperación. Tienen, ¿eh?, eso de que muchos carecen.

Fumé y le insté a proseguir, apretando mi transferencia habitual, ésa que siempre tomo, pues que se vive tan pobremente ahora. Pero no se sabe nunca, por muy seguro que nos creamos, qué destino vamos a darle a la más simple determinación. Yerro sí que no. Así que cambié de parecer, armé mi truco para después

y con aparente curiosidad me dispuse a seguir escuchando. Pasajeramente recordaba a los “jornaleros del tapete”, quienes siempre me esperan para una partidita de conquián, al cabo de la cual (si hoy fuera mi fecha) habrían de proclamar cómo me obedece el naípe y hasta alguno, ¡exagerado!, que soy el dueño de esa llave matemática que es ligar una tras otra todas las combinaciones posibles. ¡No iré! Dejando a un lado pares, tríos, escaleras y fules; dejando a un lado la superior alegría del pócar de ases o la más perfecta de ganarlo todo con cartas blancas, pensé y resolví que debía ocuparme del destino de este ser atribulado.

Quien sabía los secretos que yo me destinaba prosiguió:

—Alguien les ha oído reflexiones como éstas, cuando ni el seconal del hastío podía rendirles: “Las puertas son trastos inútiles durante el día. ¿Qué hacen las puertas durante el día? Siquiera descansaran... ¿No resultaría mejor hacerlas útiles, de modo que sirvieran como paravañes? Unas ranuritas en el suelo y en el techo, y unas bisagras. ¿Que no hay que cerrar? Se corren hacia donde se quiera; muevo esas parásitas adosadas a la pared cuya vista hartó me incomoda; las utilizo según me convengan. De eso se trata; de poner en servicio... Es sentenciar que las maderas de las puertas son samagosas, proclives al comején, y yo creo que es porque no se mueven. El movimiento, tal vez, las salvaría. No le entra el bicho al cedro, repiten algunos ilusos. En este caso, sí, y a la caoba. A todo le

entra el bicho, voto a tal, cuando ese bicho tiene buen diente y la víctima es propicia, está indefensa o el reposo la pre-dispone”. ¿Le gusta?

Con sámago, me parece a mí, veía esta persona mucha almas circundantes y veía al dueño de la tienda y al vidrierista Avaluz. Al dueño de la tienda, especialmente, contando y recontando al fin de cada jornada, bajo montañas de insignificancias irreprimibles, cosas que también tenían sámago; cosas que habría que mirar como puertas abandonadas en un depósito de ruinas.

— I V —

Hay que decirlo para que esto se pueda sopesar a fondo. Lejos ya de esos livianos estorbos de todos los días—fiebre de la luz, fiebre del aire pesado, fiebre de las presencias pegajosas—no le rinde a ella y ahueca el rizo de su frente ese torcedor de gestos vanos que tanto le ha atormentado por años. Sin público ya, lo invisible le mejora el gusto porque ni se desangra en los percales baratos del arrobo ni el tisú triste de los forros odiosos se tuesta con el sol de los martirios. En una pura catársis su adentro quedó intacto y se aguza como pico de pájaro o conciencia de liebre perseguida. Su cuello, que entra en la esfera de la palpación última, apura nostalgias de pendantif y el regusto de una larga familia de joyas que jamás usará, poniéndose a la defensiva ante el sentido concreto que el árbol algarrobo de las verrugas insinúa para bien pronto. ¡Tendrá verrugas! Ella se figura

eso y entonces una extraña hemoglobina iridiscente le aflora bajo los más ocultos epitelios, un ferroprusiato de energía le brota entre los poros de vieja cera madura y nostálgica. Ni verrugas ni papada; la muerte, mejor. Enloquece de precipitación sanitaria y quiere un halo farmacéutico para sus cintas de caballista en pista húmeda: "¡Pista, Pistiner! Mírame bien, pistonudo pistoche". Necesita ganar esa carrera por una nariz, la gran carrera de su vida. Necesita ganarla por media nariz, por un cuarto de nariz en pértiga, por cualquier nariz frutal de enredadera o balaustrada. Necesita un color, una cinta, una divisa. Necesita ganar esa carrera decisiva desde su clausura. ¿Qué color prefiere? ¿Aquél con el cual se da vueltas misteriosas en el doblefondo de su cautividad o aquél que reverbera en el retumbo de las caracolas fúnebres? Esos colores la importunan. ¿O es que va a morir acaso por ese baladí presentimiento de que un hombre vestido de negro (¡oh pudor!) jamás la recuerde? Ese hombre., ese hombre tal vez maestro de escuela, maestrescuela, embobado corredor de pompas fúnebres, borracho, pero de delicado perfil..., ese hombre, borrachuelo tal vez, ¿vale la pena? Tan sólo osaría preguntar a su corazón el *hasta cuándo* que la carcome, porque ese ser que la tiene crucifijada a medias sonrisas, que la sepulta y la resucita de soslayo; un ser como que se alimentase de la vitamina del mérito póstumo y de la horrenda industria de la mosca y la moscarda (son pensamientos de Pistiner); un ser lentamen-

te estúpido (son pensamientos no confesados, ¡de ella, de ella!) no parece que se decida por ningún color ostentoso. Ama los colores tenues—cree intuir—pero no se decide sino por el péndulo espontáneo en la maceración de los colores, gratuito gesto de puerta ociosa que no aventura nada porque todo lo tiene andando a poco que gire sobre sus goznes. El hombre que ama el medio color de los fósiles y las navículas distraídas—¡qué refinado atisbo!—¿no va a dar el paso difícil del acercamiento, una vez por todas, pase lo que pase?

No debe decirse más (¡oh pudor) pues ahora ella temía verlo encruelecerse cuando le faltara la intimidad de su insólito querer, la duda querendona, la querencia de su dudar; cuando la viera ahita de razones detergentes, de indelebles iracundias, toda anegada en babosería de reproches, en poltronería de regazo prometedor, toda vuelta lo que no deseaba, augurando sin por qué ni para qué lo atediado hasta el infinito que resulta un amor de amables besos sin por qué ni para qué.

Taciturno, más hijo de su desesperación que nunca pero muy dueño de sí, no pudiendo apurar una página en secreto, esa historia de los vestidos de boda nuevos, él, (¡oh pudor!, yo) se volvería en su contra y en contra de su recuerdo.

"Befas le suscita lo cotidiano—piensa ella—pues tal vez una vez se me quejó, ardiente de cejijunto azogue de lo imprevisible, sobre sus lecturas en el aire y lo desconsiderado de los anuncios lumínicos vistos desde bahía; esa luz neón, cuyo al-

fabeto tiene las mismas letras que el nuestro, no debiendo ser así; esa luz que llaman fluorescente, tan vana y presumida y estropeada como nuestra verdadera luz, no debiendo ser así. A lo mejor él prefiere no tener nada que leer o bien, escogitando en lo podrido de las últimas luces, preferiría leer en mis ojos discretas consejas. ¿Sabrá consejas? ¿Habría oído alguna vez la palabra "conseja"? ¿No la confundirá con otra? Uno hubo que equivocaba, a su manera y por su beneficio, el sentido de las cosas; es como decir, para algo insospechado, cuadrados confetis, pianos redondos, etcétera. Aunque pudiera ser; no todo saldrá siempre redondo, cuadrado, a escuadra. No siempre... Mis ojos le han hecho más bien que mal, aunque el mundo (juzgo a la ligera) conjeture otra cosa. Este lord que me asiste, me refiero al viejo demente, ¡tal calvo y tran atrevido!, me ha levantado muchas veces la falda no sé para qué y luego le he oído reflexionar: "Avaluz, tienes razón... ¿Quién va a ponerse a averiguar eso del sexo en esta especie indefinida, pero no tanto..., quiero decir, inexplorada?" Porque en cuanto a confidencias, ¡se me han hecho cada una! ¿Qué no me dijo el enlutado, mi tremendo enemigo, mi...? Bueno, no es que me lo dijera especialmente, ¿pero lo oí o no lo oí? Con esa dulzura de paladar sabio, infinitamente intespectiva, su cabeza de ángel me dejó comprender por encima del imperio del silencio cuánta pericia adivinaba en mi comprensión. "Ha de saberse—claramente lo entendí; no puedo pensar que fue-

ra de otro modo—que mi único libro de lectura serio por ahora es un boletín del Instituto de Geología y Perforaciones y trozos cercenados de historias de silfos. Ciertamente que a estos últimos los aborrezco, no puedo remediarlo, pero me impresiona su poesía descosida. Algunas noches leo, sacando de mi seno el recuerdo de tus mejores miradas otoñales, aquellas páginas que cuentan: "Recién con la cuarcita opalina de X y otros puntos, transformada en arenisca roja incoherente..." O bien: "Las clastogelitas del horizonte 4, de color ya gris claro, amarillento y verde, ya negro, se denuncian por sus interposiciones de rodados..." O bien: "En épocas hubo..." Pero ahora me pregunto: ¿Qué barniz debe usarse para que te preserves de ulceraciones y caries, lo que te va a suceder con tanto trato herrumbroso? ¿Por qué no miras otras cosas y te quitas de enervaciones plañideras? ¿Por qué no me besas? Mejor es que te dejes de tantas lecturas perniciosas. Ponerte a hacer eses con esa voz de estopa... Ponerte... ¡Bésame!"

Digamos que suspiró. Digamos que acaso yo oyera lo que estaba cavilando, a saber: "En cuanto a mí, la humedad me hace daño. No que me sienta reumatizar pues ese lujo me está vedado, pero sí que el desorden de la humedad me aterra de vieja data. Todo lo húmedo padece de un hongo moral de desintegración muy difícil de no considerar malamente. La anatomía de la humedad, monstruo esponjoso, se hace de hilachas de viejos pensamientos leprosos, de mantos de incauta-

ciones no púdicas, aullidos y morondangas del engañado. Es horrible y tan perverso ser húmedo como morfinómano o esturador. Entonces ¿cómo descender a esa bullente literatura de estratos inferiores y subyacentes suelos y cavernas agusanadas sino se está en la línea del precipicio? No en balde alguna vez pensé que era él un agente abobado de pompas fúnebres. ¡Abobado! Su gran ofensa consiste en pensar que me proporcionará un placer en darme sus gustos como leyes para los míos. Eso es no conocerme; peor aún, eso es deshonrarme, echarme por los suelos, desvanecerme. Me sobrecojo de espanto, pero veo bien claro, disipado granuja que quieres fabricarte una excusa para tus crímenes, y yo de cómplice...; y hasta una calendación de tus génesis, y yo de... En verdad ¿qué querías de mí..., qué, que no me has dicho? Mírame... ¿Estoy en tu saga de silfos? ¿En tu atroz saga vulpina? No debo creer otra cosa de tu conciencia ni esperar otra actitud de tu conducta, otra conducta de tu actitud. ¿No alientas acaso muy por debajo de millares de pies de desprecio e infinitas capas de deterioro? ¿Tienes una aspiración que tu culpabilidad no vuelva tímida? Y sin embargo esto me parece un poco flojo, aunque indómito; un poco no a tono con el tono en que yo debo desarrollar, desanudar, esto que llamo mi última voluntad. Basta ya de conjeturas; he descubierto tu lacra, tu podre; no estoy dispuesta a dejarme corromper. ¡Vuelve la vista, cachorro de lupanar! Y ahora que ya te he excedido, desiste para siempre. Yo iré a pa-

rar a un convento donde dulces sórores aten collares de moaré a mi cuello..., donde, ¡ay de mí!, pueda leer apaciblemente esa "Estereotomía de la Piedra" por la cual he suspirado tantas noches desde el fondo de mi horror a las enfermedades. Máclás: ¡adiós! ¡Adiós, humedad de orines y fantasmas!"

— V —

De veras ¿cómo se iba a encontrar una fidelidad de esquina y mentón enérgico parecida a la suya? Quedábasele mirando (me quedaba yo, ¡oh pudor!) cristalizado ante la vidriera, el corazón como puñal, y así horas y horas cada tarde sin ironía, según llegaba de ese zaguán de Regla. Cierzo que venía a La Habana por alguna comprita de su especialidad—y no se piense en sedas para crespones o paños con que decorar túmulos o en guantes retentores de pena ni mucho menos en esa tira galoneada con destino a dar vueltas al cajón del desatino—no; venía por otras necesidades menos póstumas. ¿Podrá decirse que entre los cendales de su ultravida a veces brilla el agnus y una flor le acerca a la verdadera vida que apetece? Esta secreta atmósfera, un allá más en el más allá superempírico, le suspende el ánimo: ¡jama! Y hasta le ha puesto un nombre a su amor, un nombre que ella manifiesta no saber que tiene por la divina perversidad de su estado. ¿He dicho estado? ¡Qué ganas de echar motes a la verdad?

Tal vez Avaluz, quien conocía algo de sus arrogancias y la vio arrodillada junto

al gran cristal que da a la calle (tal vez estuviese solamente inclinada para caerse) pensó: "Una penitencia hecha con miras a una recompensa no es una penitencia. Mas en seguida quedó anonadado pues comprendió por las señas que le eran conocidas que allí se trataba de algo distinto a un acto de arrepentimiento y se dijo: "¡Qué bien arreado iba esto para que ahora se deshaga así! ¿Quién va a sentir el aguijón de los reproches? Porque no cabe duda que alguien tendrá que llorar y si mis pronósticos no fallan el saco de las lágrimas hacia cualquier vertiente derramará su hiel". Y a seguidas: "¿Dónde estará Pimpín a esta hora? Si la ve así ¿no sería capaz de hacerle una gorda?"

La gruesa sospecha insensata cavaba en ella este otro soliloquio: "Ya se ha marchado él para siempre y comprendo que estoy muerta, mas no todavía amortajada. Debo ser incongruente en todo, según parece, y a ello me atengo. A pesar de lo que los perfumes me anuncian, pues se despiden de mí como cerrando la última ventana de los sentidos (¡oh agua de lavanda corriendo por el suelo, roto el secreto de mi ser, la tempestad en mi honor!..., y para que yo sepa que del otro lado ya no habrá más perfumes) estaré quieta; es decir voy a disimular. No quiero que me quiten de donde estoy; quiero seguir aquí por mucho tiempo más... Como si no hubiera pasado nada, exactamente ¡nada! Espero se note bien poco... ¿Eh? Acabo de hacer un descubrimiento: consiste en que tendré que envolverme en una muralla de abstenciones; fajarme de no

deseos; forrarme de, ¿cómo decir?, renunciadas, renunciadas. Lo que me ofusca y trastorna me pulveriza pero su peso muerto no me envilece aunque una oscura gamuza corredera se dé vuelta entre mis piernas para derribarme vengativamente. ¿A dónde me lleva? ¿A qué campo? ¿A qué campo con otra palabra detrás? Es horrible pensar que yo, así de pronto... Pero caigo, cerrado y ceniciento el rostro... Vuelvo mi rostro a mi eternidad, más incompleta que cualquiera otra puesto que puede violarse sin profanar tumba alguna. ¡Ah y no morir como un pájaro, que casi es lo definitivo porque su cadáver nadie lo encuentra, y sí quedar como esqueleto de estudiante, que es lo menos muerto de este mundo! A estar a las habladurías de la gente... ¡Cuánta amargura! Si esto avanza, si hay una descomposición también para nosotros, si hemos de volvernos mediante un oneroso proceso enviledecor polvo y ceniza, a la verdad que me gustaría tener citas con insectos amables que aunque me devorasen lentamente... ¡Cómo! ¿También me estará vedado a mí eso?"

En el fondo de la tienda bulle otra inquietud. De un montón de cosas insertables se destaca la cabeza del muchacho que dice:

—¿Dónde lo vamos a poner, viejo, que no nos atrabanque más?

—Ahora voy; déjame entrar.

Pimpín silba; Avaluz se queda mirando para un anuncio donde un atleta ufano junto a una chica de suéter bravío

pregona las excelencias de ciertas grasas cosméticas.

— VI —

La felicidad de Pistiner radicaba en que su esposa iba a pasar los fines de semana al campo. Jamás se ha visto cosa más auténtica ni sentimiento mejor nacido. El no engañaba a su Sara sino que quería sentirse solo en el disfrute de ese vacar. ¿Pasó por su mente alguna vez el que ella, en esas invariables ausencias le hiciese la mala jugada? Pues sí, y poco le importó. Con decir que hasta en ocasiones se dijo qué haría si le diesen por teléfono el nombre de su mujer mezclado en uno de esos dramas de adulterio que acaban teñidos en escándalo. Este conocimiento no le pondría, a ser cierto, en ningún disparadero. Aventuras equívocas, ¿qué? Con tal de que no le complicasen "su" vida los fines de semana, al diablo todas por una. No iba a asustarse mucho por liviandades de más o de menos.

Y él quería a su Sara, ¡eran tantos años! No hubiera sabido qué hacer a faltarle de pronto, a faltarle por más de un fin de semana, por un mes, digamos; por dos o tres. Eso sí que sería grave. La pobre, al cabo, persona excelente... Ahora que "su" fin de semana, el suyo, el de Pistiner, era otra cosa. ¿Pero qué misterio encerraba? ¡Ah simple asunto! Su fin de semana venía a ser una soledad de sombras relampagueantes con algunos pensamientos taciturnos, un misticismo por andar sólo viéndose las pantorrillas y la miel de la piel disciplinada, contemplación de

abismos tontos, etcétera; de donde se deduce que hay una ética de la desintoxicación y el trivialismo de los fines de semana.

Como no era tan sólo una pasión intelectual sino también una pasión de los sentidos, flojedad, reposo, vals de animal en cautiverio que asoma a la reja de su jaula, los espacios distendidos, las chorreantes zonas de reflexión le colocan en plan de dejarse ganar por escabrosas conjeturas. Una ley primera: aligerarse totalmente de prejuicios; necesita sentirse en una completa independencia y que nadie venga a molestarlo para poder pensar. Piensa en un viaje que le infunde miedo puesto que no es en avión ni en nada y es un viaje... largo, largo, largo. Piensa en otra niñería mirando en silencio la gravedad de la tienda; piensa...

Esta fué la razón por la cual se sintió tan molesto. Una voz le reclamaba, en medio de esta soledad arbitral, el destino... el destino, sí, que había dado (¡oh escarnio!) a una cosa de su pertenencia, común y corriente. "No estoy en el caso..." creyó haber dicho, pero lo cierto es que sólo pudo emitir vaporosamente, para sí y para lo que le importunaba: "¡Uy, Isaac, estás hablando con los muertos!"

Ocupó un minuto su pensamiento esta audaz idea y a poco de concretarla se la repitió no sin alarma. Ya no era de un modo tan errabundo; ella se corporizaba alzando capisayos tenebrosos; así que vió muertos, muertos como los de la guerra, verdaderos muertos y no espíritus. "¡Qué injusticia!"—oía que le decían—. Pero

quien decía esto era una sombra más bien. "No me explico cómo hay enojosos caballeros..."

Rígido quedó al comprender todo lo contrario: un señor de lentes, muy fino, dábales gracias por su información, se inclinaba con galantería profesional, secábase lágrimas imperceptibles. Su traje negro un tanto lustroso le era conocido sin duda. Pero su voz le confundió: "Luego, señor, ¿usted también la amaba, verdad? ¡Qué desdicha!" No era una voz exactamente, aunque, ¡claro!, en esto de las voces como en éste de las figuras... y aquí fué cuando de sus manos resbaló el papelito crema a posarse sobre su mesa escritorio para quedar como irrecusable prueba de una sorprendente visita.

— VII —

El pobre Pistiner alzó la transferencia a la altura de sus ojos miopes y algo vió en ella que le aterró. Estaba en el café porque aquello reclamaba un trago fuerte, y siento mucho omitir en este momento trozos de un diálogo que le hizo salir a escape de la tienda; otras voces que por allí resonaron. Estaba en el café y dando un grito que hizo volver la cabeza a muchos parroquianos, Pistiner, con la transferencia en alto:

—¡Socorro, Avaluz, socorro!—dijo con angustia y quinquiera fatalmente le mirase sentiría esa angustia—. ¡Míralo a mi lado!

Abrió mucho los ojos; quizá quiso ce-

rrarlos y no pudo en seguida. Apenas, entre la algarabía que se hizo, inflexionó:

—El odioso tipo... Avaluz. ¡Buitre! Me persigue.

Luego, con todas las fuerzas de antes, como en una denuncia tremenda en la cual se juega nuestra vida:

—¡Míralo como lee en ese pedazo de periódico su propia esquela de defunción! ¿O es la tuya, Avaluz?

Avaluz, generoso, orgulloso, tunante, versátil, estólido y adusto, no miraba; había articulado esta peregrina interrogación: "¿Cómo iban a entenderse si hablaban lenguas distintas?" Y en voz bien alta, para todos y cada uno de los presentes:

—No, Isaac, es la de aquella persona por la cual te ha preguntado. ¡Hombre, y qué a tiempo llego!

Sus espesos gemidos no tuvieron eco.

Un siniestro flabelo lo abatió mostrándole el camino. Tenaz, lo temerosamente indefinible se hacía definitivo.

A media mañana del lunes Sara le enjugaba el velo de sudor de la agonía pensando en cómo sus futuros fines de semana padecerían disturbio. Y recogiendo su refajo de guipur hacia la rodilla le reprochó con acritud el que fuera a Regla, esos días, para tales travesuras indecentes con ramerías y rufianes.

— VIII —

¡Ah, qué estremecedora carcajada me hizo doblar la esquina, como temblando, cuando ya en mis cabaes me di cuenta...

Porque tendré que acarrearne, ¡oh Avalluz!, el imprescindible óbolo para el pasaje a no ser que tú le puedas arrancar

de la mano a ese Pistiner (donde se halle ¿comprendes?) esa transferencia que me es tan precisa. Tan preciosa.

ENRIQUE LABRADOR RUIZ

La Noche del Viajero

EL PORTICO

Para Agustín

EN la dureza del rostro, respirando
la atadura en que el pájaro sustituye al tronco,
el fuego a la mañana seca,
se detiene para devolver.
Detenido rompe la sedosa playa.
Se detiene con una velocidad que no tocó la hoja
cuando entraba el alba con los acantilados,
mira el altivo soplo que se enfría en otra luna
sobre el árbol cerrado del rostro
y frente al nombre más duro que la roca.
En la desilusión del rostro
como una cascada virgen,
sólo quiere acariciar la hoja que ha quemado el cuerpo,
la hoja que la eternidad no rompe.
Que al retorcerse nos recuerda la carne
del sarcástico olvido, del concreto asunto.
En el azul, en la dureza de la brisa
es la bestia del escándalo que huye
y de pronto nos mira con el rostro de los árboles.
Si estoy aquí frente a la luna que se alza
con el tiempo inaccesible entre los árboles,
si estoy aquí es extraño, el espacio me desgarrar
y me une, me desgarrar y me une como flecha,
la luz me comunica mutilado
con mi propio virgen en mi alma inhabitable,
donde un pájaro me nombra su intemperie.
¿Acaso he detenido la arena de los árboles
para que el pájaro entre y chille?
Así me mira el pájaro con el ojo que lo mira
y voy tocando la epístola que sella el rostro
como un barco en la atadura de su visión golpea.

Pasa el árbol con el rostro de la vida.
El espacio es el rostro de la muerte, devolvemos la figura.
Detenido para devolver engendra
el árbol de su gloria, la dureza del pórtico.

L A T A B E R N A

Para Octavio

EL pórtico es el viento y la esperanza
que están llegando a la ciudad perdida
en que las acacias dibujan el vacío
y la taberna es castigada por la ola.

El tabernero nos recibe como en sueños
al tocar una piedra la otra orilla.
La humedad retumba tosca en el país
quemado por la piedra de la acacia.

Piedra en que brillan las epístolas
que están llegando a la ciudad perdida
como el templo que no llega y nos angustia
cuando esperamos solos con el coro de las rocas.

El alba empieza a transportar el templo,
la torre de sequía, la resaca de la hoja en la taberna
y las dulzuras monumentales del tabernero
al saborear el vacío que devuelvo.

Que se envuelve en el rocío y nos mira como un tigre.
¿Vuelves, olvidas, nos desprendes?
También es cierto que paseabas en vidrioso
festejo por los añicos de la judería.

No llega esa voz, no llegará nunca.
El pórtico es el rostro que tocamos

hasta que el espacio con el puente nos esperan
como un rostro romano en las acacias.

El tabernero pasa el paño por el vidrio
que es preciso besar para llegar al otro instante.
Pasamos así transportados como un robo
y golpeamos la taberna con la música perdida.

REFLEXION DEL INSTANTE

Para Fina

CON su alma cierra el árbol,
acaricia el tiempo que se hace noche
para que el cuerpo lo mire como animal de estrellas.

Para que el pájaro abra su carne al amanecer
con un desierto grito que es su alma.

Su disfraz de eterno se une con el soplo de la sangre
negando furioso el horizonte;
su locura dibujada por los troncos
batalla con el valle oscuro donde el rostro sale
de la tela para detener las olas.

El tiempo sólo puede medir lo que en el tiempo
ha tenido su principio y la eternidad del rostro
amanece como un pájaro salvaje en la mañana.

“Su cara parecía una linterna, de alegría.”
También los golpes del mar aprietan sus mandíbulas
y deja al rebaño del instante penetrar despacio al fuego.

En ese instante nos diseña
el frontal de la ciudad lavado por las olas
y el perenne río de los ojos de la estatua.

En ese río ha navegado libre, separando
el eco de la flecha, los labios de los ojos.

Algunas tardes vivo en los labios imposibles,
otras prefiero el río de los ojos
porque secretamente me recuerda la paz del naranjo.

En la paz del arco frente al surtidor
que hace del tiempo abeja me sorprende
mirándome mirar el rostro del instante
que tiré como un papel inútil en la playa.

“Vamos a la playa para mirar lo eterno”,
pero el agua es aceitosa, las gaviotas y los barcos
hacían una brusquedad inesperada.

En esa brusquedad me sobresalta el peso de mi nombre
como el caballo que sale sin ruido de la noche
o como el tabernero tras la piedra.

FLECHAS

Para Julián

OYE ese rumor, están hablando
en la cabaña que desaparece.
Con un número hablo y con el otro miro:
esta paz doble agranda el fuego
que entra en la cabaña para ver la flor.
Claro que si me vuelvo es usted o es el olvido
hinchando su velamen grueso.
Claro que si me vuelvo todos gritan
que las flechas los sorprenden
por la velocidad con que llegan de la luz.
Habrá que hacer la luz con la penumbra,
la playa con la costa y el fuego siempre con el humo.

Pero ese rumor es que ya están hablando
y yo me estiro hasta las palabras de la flor
que brilla en el fondo del barranco.
Que brilla y viene también como las gárgolas.
Dudaba si la he visto
porque todos fríamente salen
por los sitios más oscuros de la orquesta,
grabando el rostro de una dama
o trenzando la flor con la amargura.
La paz doble de mi rostro
enciende los hogares donde guardan
la flecha en el desván.
Oh flecha y rostro de los cazadores
que han visto al ciervo que no llegará nunca.
El ciervo glorioso se asoma a la cabaña
y la oscuridad se reconstruye como un himno
que habrá que descifrar con las cejas o el mentón
del mercader o del soldado.
Así vuelve la lámpara volando
y el que tenía las llaves toca el árbol.

EL CLAUSTRO

Para Eliseo

El perro de pronto vuelve a preguntarnos,
aunque la humildad de su pregunta es la respuesta
que viaja en la espalda de la noche.

Simulando que somos conocedores de lo eterno
y que la fecha de los capiteles puede ser echada al fuego,
entramos en el claustro donde el sol nos mira.

No buscamos las palabras sino el brillo de la flor
en la boca del mercader y en el ansia del oleaje
comprimiendo ciegamente la paz del claustro.

La paz no es la renuncia ni la blancura de la piedra
que abandona con lentitud otro navío.
Entramos en la paz y el mercader nos dice que es el lienzo de la vida

No por azar me acuerdo de aquel perro que me pide
la mano como un templo de dulzura ignota;
y aún el azar aquí sería el claustro completado.

Detrás los que renuncian, la blancura
de sus almas cantando con la piedra blanca
en la sombra del sol y de la vida.

A R T E P O E T I C A

Para Lezama

LA vida puede atravesar la paz igual que la carroza
con el rey pensativo cruza los jardines.

El rey sostiene la línea que separa al aire del proyecto de batalla
y al surtidor de los embajadores que se inclinan.

Cuando el emperador abría las pesadas puertas con los ojos
estaba dándonos la imagen de cómo nace el verso.

Pero él sabía que ese verso avanza igual que el pez entre las aguas que
se cierran
y mientras más rodaba la carroza por el fuego más se llenaban sus ojos
de nostalgia.

El espacio parece estar pactando siempre con el verso;
se abre como pulpa y luego se cierra con la dureza del agua.

Tú querías cruzar el bosque transparente donde el rey cazaba
fortalecido por un séquito campestre en su orfandad.

El bosque sustituye al coro de las rocas submarinas:
ese grotesco golpe de escenario cierra la cara del emperador.

Qué es la más bella maniobra junto al movimiento de los astros, pre-
guntaba,
y todavía en una noche deja caer su manto con abejas de oro.

H I M N O

Para Gaztelu.

LOS campos de trigo iluminan la noche de tus ojos
para que testifiquen los árboles que se enlazan como doncellas
o caminan en la tarde transparente como escuadrones.
El verde sagrado, el oro sagrado y el azul del cielo
componen la música necesaria al hombre y grata a los ángeles
que velan en las catedrales las figuras tranquilas de los santos.

Hay tantas figuras de santos como espigas en la tierra y nubes en el cielo
pasando todo un día y una noche sobre las catedrales.
Un solo día y una sola noche pasan eternamente sobre las catedrales
y las nubes devanan todas las formas posibles de las gárgolas.
Los escuadrones de santos sonríen misteriosos en la piedra
o gobiernan sus propias llamas de aleluya en los vitrales.

El azul profundo del medioevo es tan doloroso como la sombra de la
gloria.

El verde y el púrpura, el amarillo y el morado cantan
alrededor del blanco virginal que prefieren los ojos de los santos.
He mirado sus ojos de luz con mis ojos de sangre
y ahora los campos de trigo me entregan el espacio que besaban sus labios
sonriendo levemente, cariñosamente irónicos ante la máscara del mar-
tirio.

Los mártires están mirando la fidelidad desconocida de los hombres,
la admiración candorosa de los hombres que añoran el amor y no lo
saben

y pasan cerrados frente al tiempo volando por los bosques.
El tiempo conduce la luz como el ciego de nacimiento conduce su rostro.
El espacio canta saliendo de las catedrales por los campos de trigo
la creación de los árboles que saltan como llamas en el viento.

CINTIO VITIER

Por España y Francia.
Septiembre 21 de 1949.

Los Amigos

E L M A R

EL mar es un anciano lleno de agravios: la terquedad de la tierra, la agudeza inoportuna de la lluvia cuando colmara su pecho el grande aliento de la soledad.

El mar no puede moverse. Es un enorme anciano que no puede moverse, y que se angustia y clama entre la noche. A la mañana sonrío entre sus barbas.

El mar es un anciano lleno de agravios, que arguye con poderosa voz, a solas, todo lo largo de la noche.

E L P E Z

UN pez de fuego atraviesa el tumulto de las nubes y la ira de las nieblas—un pez de fuego, semejante a los que en su inocencia cruzaron el obstinado furor del Diluvio.

Un pez, un pez radiante que atraviesa la locura del espacio enorme, tan suavemente como la flecha cruza el lívido reino de la luna.

L A N O C H E

A José Lezama Lima.

LA noche es el abrigo de un pobre, que cuelga, desgarrado y espeso, en un rincón oscuro.

A través de sus rotos se filtra el resplandor magnífico del fogón, y lo conmueven las ráfagas de la fiesta lejana y la voz profunda del sirviente que dió al pobre de comer.

Llega un momento en que recogerá despacio su abrigo, cuando des-

cienda, entre los emplomados vidrios, la luz al polvillo de oro en el rincón.

L A S N U B E S

LAS nubes son extraños sabios inocentes.

Mientras pasean a través del gran espacio del aire, arguyendo con sus hermosas manos, sus vastos ropajes son incesantemente destruidos por el viento.

Pero una infinita misericordia los rehace, y sin que ellos se percaten nunca, a la manera de un sastre jovial les teje lienzos con deslumbrantes cacerías y escenas mágicas.

Las nubes son extraños sabios; también reyes de salvajes barbas, que los aprisionan y conducen hacia el crepúsculo de sangre.

E L V I E N T O

“EL viento es un hombre pequeñito.

“Un hombre pequeñito que se incomoda increíblemente, y que se ríe sin huella de decoro porque no se le ve, cuando la rabia infla sus carrillos y nos asusta increíblemente.

“El viento es un hombre pequeñito.”

E L H O R R O R

LA luna es la cara de un hombre, ya entrado en sus años, a quien conmueve suavísima demencia.

Cuando despierta de su largo sueño vuelve a su puesto de costumbre, y su alegre curiosidad nunca olvida los más apartados rincones, ni su melancólica imaginación las tapias de los patios profundos.

A veces el rostro bondadoso se nubla, y entonces, en el ruedo de la luna, lívido, mira el horror.

L O S A M I G O S

OH vosotros, apólogos sencillos, sensatos compañeros de la infancia!

Oh vosotros, gatos valientes, loros amables, tediosos elefantes y justicieros leones!

Y tú, señora delicada, lluvia, doncella nuestra, fugitiva entre los pinos siempre, sí, entre los pinos pobres de la infancia.

ELISEO DIEGO

La Sociedad en la Cuba Antigua

El primero de diciembre de 1835 embarqué en New Orleans para La Habana, en el bergantín "Laura", que mandaba el capitán Delgado. Eramos doce pasajeros, todos de complaciente y sociable disposición, lo que jamás es tan importante como cuando se viaja en buque de vela por los mares del trópico, a modo de antídoto para las muchas incomodidades.

Nuestro capitán era un español con mucho del "dolce far niente" en su carácter. Parecía proponerse, más que lograr una rápida travesía, hacernos felices con sus corteses maneras y excelentes comidas. Lo que había yo previsto al seleccionar un barco español con preferencia a uno americano, ya que no aspiraba tanto a la rapidez como al confort. Los capitanes americanos son mejores marinos y poseen más energía y capacidad que los españoles; tal como nuestro pueblo se orienta más hacia el futuro en cada una de sus actividades, y los europeos viven en el presente y se apropian más de sus delicias.

La buena "Laura" trotó durante varios días a un paso seguro por las aguas quietas del Golfo, y ningún incidente extraordinario turbó nuestra serenidad hasta que, una noche, nos despertó un movimiento inusitado en la cubierta, interrumpido a intervalos por el canto despacioso del piloto diciendo las brazas a cada lanzamiento de la sonda. Andábamos en braceaje; se descubrió que el buque ha-

bía derivado en exceso hacia el este, y que era posible que encallase en las Tortugas. Durante algún tiempo estuvimos en peligro de perdernos; pero afortunadamente descubrimos nuestras dificultades con la anticipación necesaria para evitar un naufragio, y todo vino a parar en aventura que rompe lo monótono del viaje.

Los indicios eran ya de que habíamos entrado en los trópicos y pronto alcanzaríamos nuestro destino. Por las noches el mar vasto parecía a ratos retener su aliento, y una intensa quietud se producía, rota sólo, a veces, por el murmullo de la proa o el soplar de las velas. El firmamento muy claro era más profundo y oscuro, y las estrellas, aunque más brillantes y en apariencia mayores, lucían más lejanas. Por el día el aire era suave y teñido de púrpura y oro, casi opalino, y caía sobre el mar en una niebla diáfana a toda la extensión del horizonte. Me sentía como nunca antes. Todo esfuerzo, físico o mental, me era desagradable, y un mismo hechizo me llevaba al reposo y me hacía resignarme a su delicia.

Por fin, el 17 de diciembre, pasaba el "Laura" junto a los torvos castillos de la desembocadura penetrando en el puerto de La Habana, y una escena de encanto y novedad se desplegaba en torno nuestro. Las costas de mi propio país, la tierra del moderno progreso, quedaban a sólo unas leguas de distancia, mientras que aquí es-

taba yo, repentinamente, de vuelta en la Edad Media.

... Todo era extraño. Las calles no eran más anchas que veredas o pasadizos, y a cada lado se alzaban sombrías paredes de piedra, atravesadas aquí y allá por aberturas que mostraban lo espeso de los muros y la penumbra del interior; estas aberturas hacían las veces de ventanas, pero en lugar de persianas de Venecia, o de bastidores con cristales, había en ellas barras sonrientes, de modo que me estremecí creyéndome rodeado de prisiones. En algunas casas sobresalía de las ventanas un balcón enrejado, que permitía vigilar la estrecha calle en ambas direcciones. A veces podía verse a una muchacha medio vestida que se asomaba a conversar con el ostentoso rondador de la calle, mientras la volanta de largo cuerpo, como un insecto enorme, pasaba rápidamente conducida por el *calesero* fastuoso. Estos singulares vehículos son una necesidad a causa de la estrechez de las calles. El traje de los blancos era de lino delgado, blanco y de apariencia muy fresca, con anchos sombreros de paja. Los trabajadores negros iban tan desnudos como lo permitía la decencia, y completamente desnudos los niños negros de menos de diez años.

Como pintor de miniaturas mi mayor deseo era el de aprender rápidamente el idioma, y así extender cuan amplio fuese posible el círculo de mis conocidos.

Me alojé en casa de Mr. Fin, manufac-

turero de cristalería fina, a cuyas exhibiciones acudía lo mejor de la sociedad de La Habana; y de esta forma, en poco tiempo, conocí a cientos de personas y disfruté de la oportunidad de escuchar el más concreto castellano.

Hallé al caballero español galante y cortés hasta el escrúpulo; si bien, quizás, resultaba todo ello en exceso elaborado y formal para parecer sincero, perdiéndose así la impresionante gracia de la cortesía genuina. Las señoras eran muy airosas, con la seguridad y elegancia de movimientos que la danza confiere al cuerpo; pero su preparación mental no estaba a la misma altura. Sus maneras francas pronto seducen al extranjero, y el americano cree sentir que las ha conocido durante años. Pero el estilo de ambos sexos, sin embargo, se ofrece al espectador como la exhibición de una fórmula brillante para la que se fué entrenando desde la niñez, hasta convertirla casi en naturalidad. Los americanos tienen las coyunturas demasiado rígidas y son demasiado puritanos en sus maneras para pretender siquiera una imitación.

Una noble dama de Cuba.—

Una de mis primeras discípulas fué la Marquesa de Arcos, ejemplo de una de las familias más antiguas y nobles de Cuba, y madre del actual (1859) marqués de ese nombre.

Esta venerable y estimada señora era tenida por una de las mejores personas de

la comunidad. Distinguiéndose a la vez por su elegancia social y sus virtudes, poseía una justificada influencia y muy bien puede decirse que era ella quien regía la sociedad de su tiempo. Aunque contaba ya cincuenta años de edad parecía mucho más joven. El nombre de soltera de la Marquesa de Arcos era el de Peñalver. A los veinte años había quedado viuda con una gran fortuna y dos hijos, un varón y una niña. Esta había madurado con la rica belleza de la mujer que tan semejante es a las deliciosas frutas tropicales de su tierra.

Su hermano, el Conde de Peñalver, era dueño del Jardín del Obispo, uno de los más exquisitos refugios de los alrededores de la ciudad. Había sido en otro tiempo la residencia del Obispo España, quien empleó grandes sumas en cultivarlo. Se halla a unas tres millas de La Habana, en un hermoso valle; las tierras son extensas y sombreadas por mangos, árboles del pan y la majestuosa palma real. Bajo esta fronda el hechizado paseante es sorprendido aquí y allá, en las vueltas de los senderos, por las estatuas de mármol. Una corriente de agua clara recorre en curso serpentino este lugar fantástico; a su orilla descenden anchos escalones de mármol, y los lirios de agua alzan casi hasta la mano sus flores blancas. Extraños pájaros tropicales destellan entre los árboles, y un espíritu de paz parece descansar en la silvestre quietud. Se dice que costó muchos cientos de miles de dólares.

La marquesa era una buena lingüista y hablaba el francés y el italiano además de su propio idioma; si bien, por haber sido alemanes sus maestros, con un acento extranjero. No intentaba hablar el inglés, aunque había tomado lecciones durante varios años y entendía la estructura del idioma. Ocurrió un incidente afortunado para los dos. Habiéndose enfermado mi intérprete, William, fui solo a su residencia. Me recibió a la puerta de su gabinete, preguntándome, tan bien como pudo, por el intérprete. Le hice entender que estaba enfermo, pero que, puesto que ella sabía un poco de inglés y yo un poco de español, me parecía que podíamos pasarnos sin William hasta que se repusiese. De este modo, por necesidad, hizo ella el esfuerzo de hablar el inglés, con tan buena fortuna que desde entonces continuamos enseñándonos mutuamente. La noble dama se hallaba ansiosa de aventajar en conocimientos a sus compatriotas, y como poseía un fino gusto hizo rápidos progresos, dejándome una alta opinión de sus cultivadas facultades.

En cierta oportunidad expresé mi sorpresa de que a su edad quisiese aprender una lengua extranjera. Replicó: "Si estudiando el idioma inglés durante tres años puedo adquirir la habilidad necesaria para traducir un solo libro al español, me sentiría bien recompensada." Le rogué que me dijese el nombre del libro. "El Paraíso Perdido", replicó. Nada podría mostrar tan perfectamente como esta aspiración su entusiasmo y sincero gusto por lo bueno y lo bello.

Gracias a la amistad de esta señora vinieron a ser mis discípulas las hijas del Conde de Filomeno y de otras familias de la nobleza, hasta el extremo de que estaban ocupadas todas mis horas, en provecho mío y, tengo razones para creerlo, con utilidad para mis discípulas. Hallándome de este modo en estrecha relación con los jóvenes, se me invitaba con frecuencia a los festejos que ofrecían las nobles familias, en los que siempre se me recibía como a distinguido visitante. Los españoles tienen en gran estima el arte de la pintura, y sitúan a sus adeptos en la jerarquía de los príncipes, como los antiguos griegos hacían con los dioses. En estas reuniones festivas la buena Marquesa de Arcos conversaba en inglés conmigo, y aunque mucho había que se me escapaba, contestaba yo siempre aunque fuese a la ventura, de modo que los presentes se admiraban de su inmenso talento y expresaban su satisfacción en frecuentes alabanzas. Es digno de mencionarse que esta señora no hacía uso del tabaco en forma alguna, lo que era una distinción cuando todas fumaban, las más bellas y bien nacidas tanto como las pescadoras del mercado.

Cuando un conocido visita una residencia privada se le ofrecen tabacos en una bandeja de plata; si es amigo íntimo, una de las muchachas de la familia, llamada *doncella*, enciende un tabaco y, dándole unas cuantas chupadas para que prenda bien, graciosamente lo ofrece al visitante. Si se trae la guitarra, como ocurre con frecuencia, (pues hay una en cada casa),

y el huésped sabe tocarla, la *doncella* le mantiene encendido su tabaco y a cada pausa de la música se lo alcanza amablemente. Esto puede ocurrir varias veces durante la velada, y la amistosa ceremonia resulta bien agradable cuando el tabaco viene de los redondos labios de una rica belleza española que recién madura; pero en todo caso debe aceptarse cortésmente.

Loterías.—

Llaman la atención del forastero, en La Habana, los vendedores de billetes de lotería que se detienen en las esquinas con un par de tijeras en una mano y las hojas de billetes en la otra, dispuestos a cortar cualquier número que deseen los compradores. Son diestrísimos, y capaces de convencer al crédulo de que es posible obtener una fortuna con el sistema. Estas loterías oficiales son uno de los grandes males del país, especialmente para los españoles, que al parecer son jugadores natos, y para quienes posee un irresistible encanto el azar de los dados, las cartas y los billetes de lotería. Todas las clases de La Habana los juegan habitualmente.

Carnaval y Semana Santa en Matanzas.—

Regresé a Matanzas al principio del Carnaval. Es ésta una ocasión de inusitada alegría en todos los países católicos, y

especialmente en Cuba, donde los tres días de mascarada presentan una sucesión de las más grotescas escenas. No menos de seis o siete mil personas se reúnen en los teatros y demás sitios de esparcimiento en Matanzas, y hay una continua corriente de visitas y de amigos que bromean con amigos a través de toda a ciudad. En estas ocasiones la máscara es una protección perfecta, no importa dónde, siendo castigados con una fuerte multa y prisión los que se atreven a quitarle a alguien el disfraz.

Sólo a unos directores o regentes corresponde el derecho de quitar la máscara, derecho que se ejercita únicamente cuando quien la lleva se comporta con grosería o se sospecha que no sea blanco; en cualquiera de estos casos los directores conducen al sospechoso a una estancia privada y hacen allí su examen. La mascarada es un espectáculo de gran novedad para el extranjero. La maravillosa variedad de los extraños disfraces, que representan todas las cosas imaginables, la prisa demente y el tumulto, la más excéntrica conducta, forman un conjunto indescriptible. Muchos que no pretenden ser más que espectadores usan un dominó o máscara abierta de alambre, que no esconde las facciones, sino que simplemente los pone al unísono con la ocasión.

Deseoso de unirme a la mascarada me disfracé de estudiante de la Universidad de Salamanca, aunque en aquel momento no tenía idea de representar al personaje.

Tomé mi guitarra y me incorporé a una partida similarmente provista. Se pre-

guntaban quién sería el desconocido y con ellos me fuí al teatro, donde representaban un funeral burlesco de Don Carlos con extraordinaria animación.

Un costado de la galería estaba ocupado por ingleses y americanos, unos residentes de la Isla, otros visitantes.

En el palco del Sr. Shoemaker, el cónsul americano, había diez señoras que me pidieron, por intermedio del cónsul, que tocara la guitarra. Subí al palco, hice una reverencia, y canté, en inglés, "La tierra del extranjero", acompañando mi canción con la guitarra. Esto excitó grandemente su curiosidad, pues por mi traje juzgaban que era español.

Gran variedad de opiniones despertó la cuestión de mi identidad: algunos decían que era americano porque hablaba el inglés tan bien; otros afirmaban con igual certeza que era español, porque tocaba la guitarra; y todos trataban de aclarar a preguntas mi secreto. Canté entonces otro aire inglés: "Qué música de hadas", y una de las señoras me rogó que cantase "Hogar, dulce hogar". Después de esto una partida de americanos me persiguió de palco en palco, vanamente tratando de descubrir al extraño.

Muchas otras diversiones están asociadas a esta ocasión, tales como las corridas de toros y las peleas de gallos, de modo que la gente queda exhausta hacia el final de las fiestas. En marcado contraste con tanta alegría están las solemnes ceremonias de los tres días de la crucifixión. Durante este tiempo se observa la más absoluta quietud, como si un en-

tierro general afectase a todo el país. Pasados los tres días la resurrección se anuncia por el profundo tañido de las campanas, y todos los hombres, mujeres y niños se precipitan a la calle armados de pequeñas matracas, metiendo cuanto ruido les es posible, hasta que el resonar de la alegría llega a ser como si se hubiesen soltado todas las langostas de Egipto. Sigue a esto la ceremonia de quemar a Judas en efigie. Se coloca una figura de ese notable, rellena de explosivos, sobre un poste del que pende un cordel, que luego se arrastra una o dos yardas por el suelo. A intervalos se sujetan cohetes. Se aplica fuego al cordel, que se enciende, y los cohetes explotan hasta alcanzar a Judas, que estalla entre los gritos y maldiciones de la multitud. Muchas figuras semejantes arden en distintas partes de la ciudad. Algunas contienen una maquinaria interior para producir efectos muy elaborados; generalmente son propiedad de los sacerdotes, y se les coloca sobre un campanario u otro lugar elevado. Se exhiben varias otras escenas de la Pasión—los azotes, la jornada del Calvario, la coronación de espinas—, y todas estas representaciones materiales impresionan al pueblo poderosamente.

Cangrejos de tierra.—

Estas criaturas son mayores que los cangrejos de mar, y viven enteramente sobre la tierra. Corren a gran velocidad, aventajando aún al caballo. En ciertas épo-

cas del año emigran en inmensos cuerpos de un costado a otro de la Isla, formando columnas que a veces alcanzan la media milla de ancho, y que son de una densidad tal que pueden detener a un carruaje en el camino que atraviesen. Estas columnas sobrepasan cuantos obstáculos encuentran en su línea de marcha, aun altas montañas. Se supone que el instinto de reproducción impulsa sus migraciones, ya que los cangrejos buscan la orilla del mar, depositan allí sus huevos y se despojan de sus viejas conchas. Son tan comunes en los alrededores de la ciudad de Matanzas que sus habitantes reciben a menudo el apodo de cangrejos. Se les encuentra con frecuencia en las casas, y en ocasiones debajo de las camas.

Existe otra especie de cangrejos que emprenden marchas similares a través del país en inmensos cuerpos. Se les llama piratas a causa de una curiosa costumbre. Esta criatura posee la habilidad de desprenderse de su concha, que, por alguna razón, deja a veces temporalmente; y mientras la casa está así vacante, otro, al pasar, introduce su cuerpo, la cola primero, en la concha vacía, apropiándose.

Bandoleros.—

Como ya apunté anteriormente, la sociedad de Cuba se hallaba en el más tumultuoso desorden cuando Tacón fué nombrado Capitán General.

Audaces y despreocupados bandoleros infestaban, día y noche, las carreteras más

frecuentadas. Su atrevimiento y descaro llegaron a ser tan grandes que no se podía viajar por el país sin peligro, y a menudo perseguían a sus víctimas hasta las mismas ciudades. Esto era cierto hasta el extremo de que una general sensación de inseguridad invadía a todas las clases del país, y eran afectados por igual los negocios y el placer. Los audaces bandidos colgaban de los árboles más conspicuos, a lo largo de los caminos públicos, letreros como éste: "Dinero o mutilación", de modo que quien se veía en la necesidad de viajar ponía siempre algún oro en la bolsa para los desesperados.

El más notable y audaz se llamaba Juan Ravero. Este infortunado fué al principio un mero salteador de caminos; pero gradualmente organizó una banda de la que se hizo jefe, aunque aun entonces solía acometer solo sus hazañas. Sus muchos hechos de sangre y atrevidas bellaquerías hicieron de su nombre el terror del país. Hasta tal punto se le temía que no era posible encontrar quien tuviese el coraje necesario para intentar su captura, aun cuando se exponía temerariamente, entrando sin encubrirse en la ciudad, y, en una ocasión, echándose a dormir sobre el mostrador de un almacén de pueblo, no obstante el hecho de que en aquellos momentos se ofrecía una recompensa de tres mil dólares por su cabeza. Tal era el terror que inspiraba que nadie se atrevió a ganarlos.

A veces Ravero desaparecía por una

temporada de los sitios que acostumbraba frecuentar, marchándose a las desiertas regiones del partido de Simonal.

Allí vivía con una muchacha en una cabaña de *montero*. Enfermó ella cierta vez, y Ravero visitó a un vecino plantador de café para pedirle ayuda. Este caballero le envió bondadosamente auxilio, sin soñar siquiera que su visitante era el jefe de los bandidos.

Algún tiempo después fué atacado en el camino, cerca de su casa y en pleno día, por unos ladrones que rápidamente lo despojaron de su bolsa. En ese instante apareció Ravero a caballo, y les ordenó que desistiesen y le devolviesen su oro, y que en lo futuro no lo molestasen jamás.

El capitán de bandidos preguntó entonces al campesino si lo reconocía. Respondió éste que no. Ravero dijo: "No me conozcas nunca!" Y procedió a recordarle la caridad que le había hecho cuando su familia necesitó auxilio, concluyendo que ahora estaba pagada su deuda.

Tacón se hizo el firme propósito de aniquilar estas bandas de merodeadores, y nombró capitanes de partido a los hombres más bravos y enérgicos de que disponía, cuidando especialmente de que estuviesen libres de toda sospecha de complicidad con los ladrones.

El capitán Martínez fué nombrado jefe del partido de Guanacaco, y la banda de Ravero, temiendo su vigilancia y coraje, desertó gradualmente hasta casi dejarlo solo. Puede que haya un "honor entre ladrones", mas Ravero tenía sus motivos para temer que fuese precisamente algu-

no de sus antiguos seguidores quien primero intentase ganar la sustanciosa recompensa por su captura, ya que conocían mejor que nadie sus costumbres y refugios; y por tanto estimó prudente abandonar la Isla con cuanta rapidez fuese posible. A este objeto visitó una noche la finca de Don Julián Alfonso, solicitando una entrevista. Concedida ésta, dijo:

"Soy Juan Ravero." (Don Alfonso se sobresaltó con la noticia.) "No se alarme; no traigo mala intención. Se me persigue como a una bestia salvaje, y más tarde o más temprano han de cogermé. Deseo que me procure Ud. pasaje para New Orleans."

"Así he de hacerlo."

"Entonces pongo mi vida en sus manos", dijo el bandido.

Don Alfonso fué a Matanzas, hizo las necesarias diligencias y regresó, instruyendo a Ravero sobre lo que tenía que hacer; y de este modo escapó el azote de Guanacaco.

En New Orleans vivió apaciblemente, prosperando en la manufactura del tabaco; pero suspiraba por los peligros y sobresaltos de su antigua vida indómita. Al cabo de un año regresó a Cuba, y "se hizo al camino", solo, como un Ismael, "la mano de todo hombre contra él y su mano contra todo hombre". Triunfó durante algún tiempo.

Sobre un caballo entrenado y fogoso, de gran velocidad y resistencia, pasaba de una parte del país a otra.

Por fin, cerca de Matanzas, en el camino de La Habana, atacó, precipitándo-

se de repente desde un grupo de arbustos, a un carpintero vizcaíno que iba a su trabajo en una próxima plantación de azúcar, en compañía de un negro que se había entretenido, haraganeando, a cierta distancia. El vizcaíno y Ravero iban a caballo. Aquél era un hombre poderoso, y en la lucha cayeron ambos a tierra. Entre tanto el negro se había acercado, y como llevan siempre un machete se preparaba para auxiliar al carpintero, que le gritaba que rebanase al bandido; pero el negro dudaba, temiendo herir a quien no debía. Otra vez le rogó el carpintero que hiriese, y así lo hizo, alcanzando a Ravero con dos golpes en la nuca, que le lastimaron las vértebras. Se separaron entonces los combatientes, refugiándose Ravero entre los arbustos, y sentándose al pie de un árbol.

El vizcaíno pronto informó de su encuentro al capitán del partido, que inmediatamente partió, en compañía de un pelotón de hombres armados, en persecución del bandido. Hallaron a Ravero donde lo dejó el vizcaíno, sentado como en estupor de sus heridas. El capitán le preguntó:

"¿Quién eres?"

"Juan Ravero", fué la seca respuesta.

"¿Te rindes?"

"No mientras viva."

El capitán dió orden de fuego, y cinco balas lo travesaron. Echaron el cuerpo sobre una mula y lo llevaron a Matanzas, donde se congregaron miles a mirar el cuerpo sin vida de quien fué el terror de la región.

Fiesta de negros.—

Los negros tienen diversiones que les son peculiares, y que disfrutan grandemente. La fiesta de "Todos los Reyes", el 12 de enero, es un día tan especialmente consagrado a sus festividades como la Navidad es para nosotros una ocasión de ilimitada alegría. Los negros de distintas tribus africanas se mezclan en una saturnalia grotesca, señalada por la más absoluta extravagancia de los disfraces, que representan todas las salvajes invenciones de pájaros, bestias o demonios que la bárbara imaginación puede concebir, acompañadas de frenéticos gritos y gestos. De este mo-

do se revelan el tumultuoso espíritu y las desenfrenadas costumbres de los africanos. Las sirvientas, más sumisas y civilizadas, rebosantes con todos los primores que en ellas colgaron sus jóvenes amas, rechazan al principio las galanterías que les ofrecen sus fornidos y rebrillantes admiradores; pero pronto la naturaleza se impone a sus remilgos y su barniz de civilización, y ya a la noche se las puede ver mezcladas en la salvaje danza, tan audaces y bárbaras como los demás desenfrenados, haciendo las más espantosas muecas, traspasados sus adornos de polvo y sudor, y ellas mismas medio muertas con la excitación y el esfuerzo.

JONATHAN JENKINS ⁽¹⁾

(Traducción de Eliseo Diego)

(1) *Nacido en Gales, sin que se pueda precisar su fecha de nacimiento ni la de su muerte. Pintor, miniaturista, juez en California, diplomático, cónsul en Samoa, Encargado de Negocios en México y coronel de milicias en California. Durante su estancia en México, publicó un cuaderno de dibujos de ruinas de Yucatán. En 1835, visita a Cuba; en 1859, comienza a escribir sobre su viaje. En 1898, muerto Jenkins, la revista "The Century Magazine", comenzó a publicar las notas de su viaje a Cuba. La revista, conteniendo las páginas de Jenkins que traducimos, así como los datos anteriores, nos han sido suministrados por el Dr. Rodolfo Tro.*

NOTAS

NOTA PARA UN LIBRO SOBRE CERVANTES (1)

Con un poco de tardanza, nos llega este libro de Mirta Aguirre sobre Cervantes, ejemplar por la sobriedad de su estilo, por la rigurosa ordenación de la materia hacia su implacable tesis, y por su seria documentación, esa documentación que suelen llamar "fría" los que no ven en la paciencia que la hace posible el escrúpulo más delicado que pide la verdad para revelarse. Ya lo decía el propio Cervantes, en el singular episodio de Maese Pedro, con un cierto dejo escolástico, que para sacar una verdad en limpio "menester son muchas pruebas y reprobas". Y si es verdad que este libro quiere sacar una verdad en limpio no lo es menos que procura rodearla de las escrupulosas "pruebas" que pedía Don Quijote.

Viene este libro a continuar así lo que ya podríamos llamar una pequeña tradición cervantina en Cuba. Conocidos son los trabajos de Varona y Justo de Lara sobre ese "temprano amigo del hombre" que llamó Martí a Cervantes. Sería curioso estudiar la constancia de esa singular atracción que ha ejercido Cervantes sobre nosotros, con preferencia a cualquier otro clásico. Viene a continuar tam-

(1) "Un hombre a través de su obra: Miguel de Cervantes Saavedra: Mirta Aguirre. Ediciones Lyceum. 1948.

bién entre nosotros una tradición crítica que ya se puede ir calificando por lo que constituye su característica más peculiar: la de la medida. Medida americana, que conocen tan mal los que sólo nos ven en la abundancia desatada, medida que es abundancia contenida y que ya ha dado tan provechosos frutos. Medida veteada en este caso de una cierta preocupación de servicio, de no sé qué arisca honradez que vela su fuego en las páginas límpidas, escondida entre el hojeo de textos y el regusto de la tradición hispánica eterna.

El libro de Mirta Aguirre pretende ir a las motivaciones últimas de la obra de Cervantes. Esta empresa ya ha tentado antes a muchos. La fecundidad del libro de Cervantes es tan asombrosa que ha dado motivo a las más opuestas tesis. Todos recuerdan la página de Rodó sobre el Quijote. La indudable similitud entre las escenas sagradas de la Pasión y las páginas finales del Quijote—sobre todo a partir del episodio de Barcelona hasta su muerte—quedaba allí expuesta de tal suerte que no quedó más remedio que ver en el Quijote un Cristo redivivo. Pero acaso lo que hace que todas las interpretaciones del Quijote parezcan falsas es justamente el hecho de que todas por igual nos lucen verdaderas. Y entonces nos preguntamos cómo es posible que las tesis sobre el Quijote o Cervantes, con ser tan opuestas entre sí, coincidan en algo tan inaudito co-

mo en el aparecérsenos como ciertas. Empezamos a sospechar entonces de las ideas que expresa el Quijote para ir más atrás, a las ideas que no expresa Cervantes. Porque lo que un escritor "dice" realmente, puede no aparecer en sus ideas, pero aparece indefectiblemente en su estilo. Así creemos empezar a ver una cosa clara y es que para buscar al hombre Cervantes, no hay que perseguirlo tanto "a través de su obra", de los símbolos de su obra—pues ya hemos visto que esto puede dar lugar a hipótesis infinitas—como en ese secreto, en esa sustancia invariable, de su estilo.

¿Y en qué consiste el estilo de Cervantes? Líbrenos Dios de pretender definirlo al menos tan bien como creemos conocerlo. ¿Nos podría ayudar a hacerlo la *elección* que hace él mismo de sus protagonistas? Se ha hablado mucho de la relación entre Cervantes y el Quijote, se ha pretendido explicar al uno por el otro, pero no creo que se haya insistido bastante en lo que acaso aparece más claro: su diferencia radical y aun más, su antítesis profunda. Cervantes es lo contrario del Quijote. La obra del Quijote es la de un loco iluso, la de Cervantes la de un cuerdo desengañado. Pero acaso pueda haber alguna semejanza anecdótica en ellos, pues es un hecho que para estar desengañado ha sido necesario haber estado engañado antes. Pero hay en ellos una diferencia más profunda y definitiva. La acción en el primero ocupa todo el ámbito de su ilusión, mientras que al segundo le queda siempre un margen por el que se ve

a sí mismo actuar, por el que ve la ilusión de su acto. El primero ofrece el raptó de una acción, el segundo ofrece la distancia de una mirada. (El falso mecanismo de las simetrías nos llevó a pensar en una ocasión que estas actitudes eternas del español y acaso del hombre, se repetirían en nuestros días en el quijotesco Unamuno y en el "espectador hispánico" Ortega, que es tan poco cervantino pese a las apariencias.) No sólo es Cervantes algo distinto del Quijote—lo cual explica los reproches de Unamuno y su incompreensión de ciertos matices imponderables de la obra—sino que nos atreveríamos a afirmar que es lo contrario de España, y por eso es el que la ha expresado mejor. Y es que acaso para expresarnos como pueblo tengamos que elaborar una sustancia secretamente disidente. Pero ser algo contrario de España no quiere decir dejar de ser español sino más bien empezar a serlo. El fondo de nosotros mismos es ya la salida de nosotros mismos. La mística entiende esto bien y también Cervantes.

¿Cuál es pues la relación de Cervantes con su protagonista? El novelista inferior tiende siempre a identificarse con su héroe, a disfrazarse de su héroe. Las novelas de tesis abundan en este tipo de personajes-autores. Hay mucho de la vida del propio Cervantes en el Quijote, pero se ha realizado una trasmutación tan delicada, se ha objetivizado en tal forma que ya lo propio se ve a sí mismo como extraño, la vida como sueño. No hay participación ni indiferencia, hay una distancia,

una lejanía melancólica, una ironía que es como una especie de amor indulgente. Forzoso espensar que Cervantes no podría haber creado el Quijote si no hubiera participado más profundamente que nadie de su centro—no de sus vicisitudes como quieren algunos—pero ya el personaje—y por esto el Quijote es una obra de arte—se le desprende, se le vuelve algo enigmático para sí mismo, sometido a la misma fatalidad de azares que la vida.

Y voy llegando al punto que quería, al de la relación del artista y sus ideas o experiencias en la obra de tesis y en la obra de arte, en cuya confusión creemos ver el error inicial de que parte el libro de Mirta Aguirre. Decíamos que Cervantes no ofrece un punto de vista más, cuya pesquisa podríamos seguir a través de los símbolos de sus personajes, sino un *espacio* para que los personajes y con ellos el mundo, entren en él. Ese espacio podríamos sólo compararlo con ese otro espacio del alma con que miramos dentro de nosotros lo que sucede o nos sucede a nosotros mismos, con ese "alguien" que mira un poco impávidamente dentro de nosotros mismos, que contempla sus propios estados y que no obstante no participar de ellos, parece hacerlos posibles. Y no sólo Cervantes parte de este margen que es el centro más vivo del alma, sino que es él a su vez lo que nos hace ver en sus personajes, lo que le permite crear personajes esenciales. Cervantes no le pregunta nunca a su personaje "qué crees" como Calderón, "qué haces" como Lope, sino que le dice esa conmo-

vedora pregunta que permite al niño hacer una amistad súbita: "cómo te llamas". Así ellos sencillamente le responden, nos dicen su nombre para siempre y ya no los olvidamos jamás. Es así que Cervantes no sólo no se identifica con el punto de vista de sus personajes sino que da un paso más, el de no identificar a su personaje con su propio punto de vista. Lo propio de él, por el contrario, es extender una mirada superior sobre el personaje que lo ilumina de otro modo, más allá de sus ideas o sus actos, y así amamos a Don Quijote por encima de su locura y desoímos al buen Sancho a pesar de lo cuerdo de su prudencia. El ve las cosas como ellas no se ven a sí mismas. Va al fondo común de lo humano, a su margen de imprevisible misterio. Por eso no tiene parte en el fanatismo que mide al hombre por sus ideas y sopla toda guerra. El es "el amigo del hombre", de la persona poética integral. No es la "impostación" española sino la naturalidad española. Por eso podemos ver en el Quijote—como el libro de Mirta Aguirre nos sugiere—el exceso del héroe individualista que se va en pos de ideales caducos, sin raíces en las necesidades concretas del pueblo, podemos ver en Sancho, como nos dice la autora, el pueblo que sigue los ideales de Don Quijote más porque son nobles que porque son cuerdos con una fe conmovedora que los sobrevive, con un buen sentido que los encauza y mejora, pero siempre habrá que ver en Cervantes el levísimo desengaño y la mirada esencial del hombre que ve las máscaras del hombre.

Partamos pues de que lo que posibilita la multiplicidad de hipótesis sobre el mensaje del Quijote es algo que reside más que en los concretos y claros personajes, en lo que podríamos llamar la *impenetrabilidad* del estilo de Cervantes. Esta impenetrabilidad ¿por qué está dada? ¿Por una cierta oscuridad en su estilo? Imposible. El estilo de Cervantes es impenetrable no como lo es la oscuridad sino como lo es la luz, no como lo es el enigma sino como lo es el misterio. Así Góngora es oscuro—y por tanto susceptible de ser aclarado—pero Cervantes es impenetrable y por eso su claridad no puede ser nunca agotada. Y esa luz que no es otra cosa más, sino aquello sobre lo cual transcurren las cosas, es lo que nos da a veces esa sensación de secreta amargura de su libro, amargura que no es la de Don Quijote ni la particular de Cervantes sino sólo una consecuencia de la vida expuesta a la luz, amargura de la luz y sus tácitas, sutiles, insospechadas denuncias.

Otra característica de su estilo es la invisibilidad de él, y su consecuencia inevitable, la libertad. Cervantes se oculta siempre frente a sus personajes. No es nunca determinado por las cosas sino que le queda un margen de libertad para mirarlas que es como una sonrisa. Partiendo de esto podemos preguntarnos: ¿Cuál es el error inicial de que creemos ver partir la tesis de este libro? Se trata de ver no la obra de un hombre sino un hombre a través de una obra. Se parte del hecho de que las intenciones supuestas en la obra son las mismas que las convicciones

del propio Cervantes. Se trata de ver en el Quijote una obra de tesis, una "gran novela social". Ahora bien, creemos que aun cuando todo ello fuera cierto—lo cual resulta casi imposible de determinar teniendo sobre todo en cuenta esa impenetrabilidad que es la sustancia misma de su estilo—afirmamos aún más, afirmamos que en todo caso no sería esto en modo alguno lo más importante, las cualidades que convierten al Quijote en la novela por excelencia o en una obra de arte. Creemos ver en este tipo de interpretaciones una especie de desconocimiento, o tal vez sólo de olvido, de la naturaleza misma del acto creador. Veamos.

La idea poética, a diferencia de la idea filosófica, no es agotada nunca por aquello que la expresa. Sabemos cuál es por ejemplo, la teoría de las ideas de Platón una vez que nos ha sido expuesta. Esta se despliega toda ante nuestros ojos, vemos dónde empieza y dónde termina, podemos recorrerla sin que una vez conocida nos quede nada más que saber de ella. Pero la poesía, como la vida misma, nos pone delante a la naturaleza en estado de misterio. Así leemos un poema y aun cuando podemos aislar perfectamente su sentido sentimos que sobreabunda con respecto a él y que su todo nos conmueve con algo que no está contenido en la suma de sus partes. Así las filosofías pueden ser especificaciones del pensamiento o de la idea, en tanto que la poesía puede ser estudiada en sus especificaciones pero no consiste esencialmente en ellas, sino en su inasible misterio. ¿Cuál es entonces la

relación verdadera entre el misterio de la poesía y aquello en que encarna, es decir, la materia poética, o lo que es la "trama" en la novela? El abate Bremond (en el famoso debate sobre la poesía pura) precisó con delicada lucidez la diferencia esencial entre ambas. Quedó así separada la materia poética (razón o sinrazón, sentimiento o anécdota, lo reducible a la prosa) de aquel misterio que lograba sacarlas a la luz de la poesía y salvarlas para siempre en ella. Pero si creemos que fué necesario establecer su radical *diferencia*, nos parece que hubo algún error en pretender que había una *independencia* también entre las dos, que permitía al creador llegar a una poesía *pura*. Pues el misterio de la poesía es el misterio de la encarnación, misterio cristiano por excelencia, el del verbo que se hace carne. Así, entre tantos ataques de que fué objeto la poesía pura (irracionalidad, oscuridad, torre de marfil) quedó intacto a los ojos de sus detractores el defecto principal, que no era el de la oscuridad irracional (pues fué el producto de un refinamiento cada vez mayor de la agudeza crítica y de una separación de tipo abstracto) sino el de *la falta de piedad*. Pues si la poesía era distinta que la vida era también su secreto y el poema sólo tenía lugar en ese instante en que la poesía o el espíritu se apiadaban de la vida, descendían a su anécdota o a su carne para salvarla de su fugacidad. La poesía era el misterio cristiano del descendimiento. Como Cristo, tenía una naturaleza divina, pura, pero sólo se hacía

visible y posible a nosotros por la piedad de su descendimiento. Ahora bien, si el poema forma ya un cuerpo indisoluble que sólo el pensamiento puede separar en sus varios elementos, no puede la crítica caer en el error contrario y ya superado de acentuar el otro extremo, el del cuerpo en que encarna, para tomarlo como esencial, pues no es de él *sino de su ser primero y puro* de donde toma su virtud.

Lo que decimos de la poesía lo podemos aplicar a la novela, pues ésta siempre parte de una intuición poética central. Así—volviendo a nuestro libro—no podemos aceptar que el mensaje social de una novela, su contenido ideológico, sea lo perdurable en ella "una vez barrida la vigencia de los otros mensajes". Un mensaje elevado puede dar lugar a una obra mediocre. Pero un sentimiento puro de la belleza puede y tiene siempre fuerzas para descender a cualquier mensaje y salvarlo para el arte.

Si lo decisivo además, en el Quijote fuera su contenido social, sólo nos tocarían aquellas partes en que éste se anuncia o se desenvuelve, todo lo veladamente que se quiera. Pero si bien es verdad que hay una belleza puramente novelesca, dramática, ligada al desarrollo de la acción, no lo es menos que, situados en un punto de vista más general, un capítulo no "sucede" a otro, podemos disfrutar de las calidades de la obra *por entero* en cualquiera de sus otras partes. Hay pues algo no sucesivo, no histórico, en toda novela, que es justamente aquello en que reside su perennidad.

Por otra parte, el novelista con una te-

sis no se deja nunca sorprender por ese "imprevisible" de la vida en que consiste su belleza, sino que le impone a priori un molde a la fugitiva realidad para que ésta le sirva de obediente reflejo. Así no puede ser sorprendido por su propia obra, como le pasa al auténtico artista, porque ha "manejado" de antemano la totalidad de su sentido. Y como lo que le interesa es ese sentido, no repara en los medios sino en sus fines, "utiliza" las cosas sin dejarse coger por ellas y sin verles lo que tienen, no de funcional o histórico, sino de independiente y eterno. Por eso cuando se le pide a un artista que trabaje sobre una tesis, que haga poesía "social" por ejemplo, no se cae en cuenta que se le propone algo que está más en consonancia con la naturaleza del pensamiento que con la del arte. Y si de hecho el artista hace la obra resultará artística en la medida en que pueda sobreabundar de la tesis y nunca por ella misma. Y es que la poesía no puede ser nunca "medio de difusión", como lo es el pensamiento prosaico. Está demasiado enamorada de las cosas y sus imprevistos sentidos, y para ser buen mensajero es preciso no detenerse a mirar el camino. No tiene una naturaleza expansiva como la idea y generalizadora. Ama lo particular y único. Crea una relación amorosa, siempre distinta e imprevisible, con cada hombre, y lo esencial de esta experiencia no es lo que puede ser difundido y absorbido por lo general sino todo lo contrario. Mientras la poesía le habla a cada uno de sus amantes de distinto modo, el pensamiento prosaico

(pues lo hay poético) le habla a todos por igual y hay un solo modo de oírlo.

¿Quién habla de darle una "función" a la poesía como si ella no tuviera su otro modo de servir? ¿No revela además, lo gratuito de la Creación misma, de esa fantasía incesante que hace los colores perdidos de las hojas, las variaciones en la forma de una misma flor, que son tanto más sutiles cuanto giran en torno de un dibujo inflexible? ¿Y quién le dará lecciones a lo natural, a lo que crea gratuito, fantástico se propaga, o piadoso desciende? A diferencia del pensamiento, ella escoge para perdurar los soportes más fugaces, se liga indisolublemente a una inflexión de voz, a una combinación de sonidos, en los que no reside su ser, pero de los que depende extrañamente su salvación.

Pero vayamos al punto central, al supuesto objetivo de la crítica de Cervantes. ¿Qué crítica hace Cervantes en su obra? Según nuestra autora la de toda la realidad social del XVII español, desde la Iglesia hasta el Rey, pasando por condes, duques, amas y barberos. ¿Se trata de una crítica expresa? Cervantes nos viene a decir la autora, vivía en tiempos peligrosos. El ojo de la Inquisición velaba, y ya él había sufrido cárceles, excomuniones y penas. Hay pues, una crítica velada, socarrona. Y nos pone, entre otros, el ejemplo del episodio de los galeotes, donde se trata nada menos que de poner en tela de juicio "la infalibilidad originariamente divina de las decisiones reales" y el episodio de Ricote donde expresa su

simpatía por los micos expulsados. Ahora bien, si nos fijamos atentamente veremos que no hay "crítica social" en ninguno de los dos casos. Esto no quiere decir que no haya otro género de crítica. El novelista mediocre enjuicia él mismo a sus personajes, según simpatías o hábitos mentales propios. Lo propio del gran novelista es exponerlos como a un juicio más vasto e invisible, a un escenario cuyo tablado no ha sido puesto por él. Hay una crítica tácita, como muy bien nos dice la autora, pero diferimos en pensar que esta residiese en convicciones distintas del propio Cervantes, sino más bien que la vemos como el resultado de la mirada superior que extiende sobre la realidad, revelando su contraste involuntario sobre el mundo de los valores exteriores del espíritu. Pero en esto insistiremos más adelante. Vayamos a otro punto.

En primer lugar, la invisibilidad de los propósitos de Cervantes no es consecuencia de una coacción determinada (en este caso la de la Iglesia) sino una característica constante de su estilo, apreciable en cualquier otro de los episodios. No es la Iglesia la que hace hablar a Cervantes veladamente. Hacer una crítica expresa es algo tan poco cervantino y en general tan poco novelesco que ni siquiera podemos imaginárnoslo. Por otra parte, Cervantes es el anti-juez, el anti-dogma. Tal parece como si él se diera cuenta que entre la vida y la verdad hay una distancia perenne, pero que no es a punta de lanza como se pueden arreglar las cosas. No es cómplice, pero tampoco juez. Y si

de algo se burla del caballero es por su afán de enderezar entuertos. Creo que en Cervantes hay más crítica individual que social, y sobre todo una crítica de la vida misma. No de una realidad social determinada como el reformador doctrinario, sino de la vida en su irreductible desproporción con lo absoluto del alma.

Fijémonos que en la aventura de los galeotes Don Quijote no se ha detenido a considerar si la condena ha sido justa o injusta (aunque las pedradas que el propio Cervantes le hace dar al caballero nos hacen pensar que era justa), no se opone concretamente a una disposición injusta sino a la *abstracción* de la justicia en nombre del absoluto de la justicia. Y lo absoluto, a diferencia de lo abstracto, está siempre enamorado de lo particular. Lo que Cervantes subraya aquí no es el hecho de que se oponga a una injusticia—eso no sería resible—sino de que se opone desmesuradamente. Hay siempre en las reacciones de Don Quijote un "exceso", un sobrante, que el hecho no justifica ni agota. Don Quijote no está *determinado* por el hecho particular, por la prisión de los galeotes en este caso. Eso sería razonable. La locura en él está dada siempre por una reacción excesiva, por una desproporción frente al estímulo que lo mueve a actuar, por cuyo margen *se escapa de la causalidad* y que es como el lujo de la libertad en él. Ahora bien si en Don Quijote esto está acentuado hasta el delirio, podemos decir que en todos los personajes cervantinos aparece, aunque en forma más velada, idéntica caracterís-

tica. Así nuestra autora interpreta esa "exageración" de Cervantes en algunos casos como los "golpes de pecho" con que encubre ciertos puntos de creencia o doctrina que podrían costarle la comparecencia ante tribunales inquisitoriales. Así cree que Cervantes, una vez que expresa su simpatía por los moros expulsados, para no despertar sospechas, pone en boca de un moro la loa de sus verdugos y hace que éste califique de "inspiración divina" el decreto de expulsión. Y en Persiles, nos dice, volvemos a encontrar el mismo recurso y pone en boca del moro: "Ven ya, oh venturoso moro y rey prudente, y pon en ejecución el gallardo decreto deste destierro, sin que te oponga temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente..." La intención humorística es indudable. Pero volvemos a ver aquí puesto en juego su recurso favorito. Si estudiamos las reacciones de *todos* los personajes cervantinos toparemos siempre con ese "exceso", que es el secreto de su humorismo. Si uno de sus personajes es molido a palos, lo es en forma tan descomunal que los golpes se escapan de la intención crítica por el sinsentido y de la piedad por la risa. Al lector moderno—desde su circunspecto realismo—no le parece bien desmorecerse de risa ante suceso tan lamentable (y hasta ha tachado alguna vez de insensible a Cervantes) porque escinde lo cómico de lo trágico sin verles nunca el doble fondo del delirio. Esto nos llevaría a tratar un punto demasiado extenso, el del *especial realismo* de Cervantes, tan distinto al realismo de

la novela naturalista o de la novela psicológica que pretenden agotar el contenido de la acción por el análisis y la mecánica de la causalidad, por *el reflejo automático* que deja fuera de su irreal fotografía el margen de sueño, de sinsentido o de misterio inseparable de la vida. Esto hace que sea tan distinto, tan jugoso y viviente el realismo de Cervantes, lo que hace a su vez tan consecuente su simbolismo, que no está dado nunca por una relación buscada de antemano y sabida de memoria sino por el salto imprevisto que da toda realidad hacia un imposible.

Don Quijote—nos dice la autora de este libro—representa al héroe individualista, que se lanza en pos de ideales abstractos, sin raíz en las necesidades concretas de su pueblo. Estos ideales son nobles, pero caducos, sin vigencia histórica. Cervantes con él ha querido hacer la crítica del individualismo, "del concepto de lo heroico como asunto privado de una sola criatura y como sueño escapista de la realidad", (aunque creemos que en el Quijote no aparece para nada lo privado—que nunca interesa—y que es la contracara de lo público, sino lo íntimo, reverso de lo universal, lo cual explica la validez perenne de su símbolo). Nos lo opone al Cid, verdadero héroe popular, que representa al pueblo en un momento dado de su historia e integra sus aspiraciones. Ahora bien, nos preguntamos, ¿no es el Quijote mucho más universal que el Cid? Menéndez Pidal afirma que Cervantes quiso salvar de su demoledora crí-

tica del héroe caballeresco aquellos elementos hispánicos eternos, creadores del Romancero y de la epopeya, lo que tenía en fin de común con el mundo de lo heroico. Su punto de vista es diferente, en éste y en otros aspectos, pero insistimos, se acentúe la diferencia o la semejanza entre ambos ¿por qué sigue resultando más universal la figura del Quijote? ¿No será justamente porque acaso en él, a diferencia del Cid, la antítesis entre su sentimiento absoluto de lo heroico y la circunstancia en que lo ocupa presenta una desproporción mayor, casi risible e insalvable? ¿Y no es entonces un símbolo más vasto de *todo* heroísmo? Precisamente porque el Cid está condicionado por una realidad histórica parece como si su necesidad se disolviera con ella. Es héroe en un sentido mucho más limitado que el Quijote. El Cid está determinado por un hecho social, a Don Quijote lo mueve una sed eterna. Por eso en tanto que el Cid agota su sentido en la expulsión de los moros, Don Quijote renueva sus bríos a cada golpe de la realidad. Las aventuras particulares no satisfacen nunca su sed, no la agotan. Es verdad que la injusticia particular *lo mueve* siempre pero *no lo determina*. Su impulso es anterior. Don Quijote es movido decisivamente por *un vacío* de su alma que necesita llenar y justificar. Es lo propio de todo héroe en el sentido cristiano. ¿Cómo—se me dirá—un vacío *que mueve*? Sí, porque toda hambre confirma la realidad de un alimento, porque ese vacío es el del hombre que recuerda sin saberlo

el mundo virginal que ha perdido, vacío que como no lo fué siempre, desasosiega e impulsa. Es verdad que el Quijote es un loco, no es la sensatez misma como el Cid. ¿Pero acaso no es la locura—recuérdese la predicación de San Pablo—cordura a veces para Dios, escape de la realidad superficial—que es la gran evadida—a la realidad profunda y un ingrediente—todo lo deformado que se quiera en el Quijote—de heroísmo esencial? Pero hay otras razones que determinan la universalidad del símbolo heroico en el Quijote y que nos lo hacen mil veces más conmovedor que el Cid. Las cosas que le suceden al Cid pueden ser favorables o adversas, pero están siempre a su medida. El Cid se propone cosas posibles—no importa que sean difíciles—y conocidas. Don Quijote se propone lo imposible y lo desconocido, y cuando él vence no agota por eso su sed de desconocido, y cuando es vencido no lo derrota por eso lo imposible. Su batalla es otra y en otro sitio. El arremete contra la esencia de la injusticia y no repara en el accidente de su flaco cuerpo y de su menguada armadura. Pero es mayor aún por algo más. El, sobre todo, como el hombre mismo, no se ha podido acostumbrar a la vida.

¿Y Sancho? En tanto que Don Quijote, nos dice Mirta Aguirre, es un ocaso, Sancho es un sendero. Cervantes lo hace sobrevivir para dejarle una secreta misión y un nuevo sentido de lo heroico. Sancho es hombre de pueblo y sabe lo que el pueblo necesita. Enraizado en la tierra, él sabrá mejor que su pobre amo

lo que debe hacer. Pues los ideales de Don Quijote, si nobles y desinteresados, resultan ya anacrónicos. Y como en España misma, es el pueblo el que paga siempre esos empeños de heroísmo sin sentido, es el pobre barbero de la bacía o del yelmo, es el ventero que dice "Sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta". (Y es que—digámoslo de paso—Don Quijote acepta el mundo de la injusticia, pero no comprende el del interés. Y esto es explicable porque la raíz de su acto es siempre desinteresada. El, que está dispuesto a ofrecer su propia vida, lo último que imagina es que las gentes por las que moriría le piden muchísimo menos. ¿Acaso ha tenido el ventero huésped semejante o es la misma tierra la que rodea a uno y al otro mientras hablan? ¿Cuál es "el gasto que ha hecho Don Quijote esa noche en la venta"? El no puede ver el reverso material, la sombra que va dejando cada acto, porque él lo acomete diríamos, por el lado de la libertad. El ha hecho esa noche un gasto ciertamente inimaginable y acaso es el ventero más loco en exigírselo que Don Quijote al ignorarlo).

Pero continuemos con nuestro libro. "Si Don Quijote"—nos dice Mirta Aguirre—fuese lo bello y lo noble, lo grande y lo verdadero concebidos en abstracción de todo tiempo y de todo territorio, al devolverle la cordura, al hacerlo retractarse en la hora de su muerte, Miguel de Cervantes habría escrito un libro reaccionario y desalentador. Y si Cervantes lo

hace retractarse y morir es por todo lo contrario. Para enterrar con él los ilusorios mirajes redentores, los rescates de vuelta al pasado; para esparcir al viento el polvo de ideales sin vigencia histórica; para decir a un pueblo demasiado adicto a las coplas de Jorge Manrique, que no todo tiempo pasado fué mejor. O que lo mejor no está en intentar salidas de retorno a ese tiempo pasado."

Subrayemos en primer lugar uno de los caracteres realmente admirables de este libro, el vigor que logra siempre en la expresión, la economía y eficacia del estilo, la secuencia lógica de la tesis. Lee-mos desde la primera hasta la última página con renovada tensión. Pero subrayemos también su contenido. Encontramos de nuevo—lo mismo que en el resto de su argumentación a la que el fervor humano presta a menudo tan peculiar nobleza—una especie de ausencia de comprensión de los materiales a-históricos de la novela. En el mismo modo de ver los versos de Manrique se pone de relieve. Así nos resistimos a pensar que esta copla esté comparando un pasado *histórico* con el presente, que exponga un juicio de valor sobre todo pasado en sí mismo. Se trata de su proyección en el alma, se trata de una experiencia que se ve a sí misma como espejismo pero que no obstante cobra realidad independiente en el hombre que contempla la huída de las cosas, una belleza determinada por esa huída más que por ella misma. No hay peligrosidad social en la frase. No se comparan dos estados históricos, como

tampoco pertenecen a un pasado histórico los ideales del Caballero. El pueblo que repite la frase no se engaña, pues no se puede estar nunca "demasiado adicto" a lo que es la vida misma, la esencia de su fugacidad en la nostalgia.

Acaso sea la misión de Sancho (tratada en el último capítulo "Supervivencia de Sancho") la parte que menos nos convenza de la tesis. Es claro que si cargamos los símbolos Quijote-Sancho de un contenido moderno (individuo-pueblo) y hacemos funcionar estas nuevas equivalencias dentro de la lógica propia de la obra de Cervantes—concebida en un mundo de valores distinto—podremos establecer una coherencia perfecta, pero esa correspondencia será paralela, como la de dos líneas iguales en su curso, pero independientes en su esencia. ¡Riquísima criatura ésta de Sancho! Tan acostumbrados estamos a unir la riqueza a la complejidad o vastedad que nos causa cierto asombro ver a este Sancho tan prodigiosamente rico como candorosamente limitado. Para verlo como símbolo de pueblo a secas tiene mucho de capricho individual y hasta de arbitrariedad—aunque quizás esto pudiera contribuir a la riqueza del símbolo—, pero sobre todo su bondad carece de reserva creadora. Como su pedazo de queso, le sirve sólo para cada ocasión. Es como el buen sentido, conservador y sus mismas agudezas tienen algo como de la sustancia de su limitación. Como hombre de pueblo está bien Sancho, como símbolo de pueblo, de mayores alcances y responsabilidades, no. No creemos que ése sea

el mensaje ni mucho menos el sentido de la muerte del Quijote. Cervantes coge siempre a sus criaturas por su centro, por su inactual intemperie, y no es que no podamos imaginarles una misión histórica posterior o encajarlos en un símbolo más vasto, pero no creemos que sea obvio que todo ello se desprenda naturalmente de la obra misma. Esta es no visión de lo histórico, sino visión de la historia, no de un proceso posible sino de una esencia constante.

Por otra parte notemos que Don Quijote tampoco se desengaña de la caducidad de sus ideales, de todo "lo bello, lo noble, lo grande y verdadero", no se desengaña de la justicia en sí misma sino del lugar en que dispuso su batalla. De lo que Don Quijote se da de pronto cuenta es del desajuste de planos de sus actos. Don Quijote no se encuentra nunca con "su" enemigo. Se trate de duques o de galeotes, sus lanzas dan siempre en el vacío. La batalla es en principio imposible y es de esto de lo que se da cuenta, pues él ha actuado *absolutamente* sin ver la desproporción entre la realidad—sana a veces y enferma otras—y ese absoluto de su alma. Pero esta desilusión no brota ya de la vida ni de sus ideales, sino de una relación imposible. Su cordura no es una reconciliación con la vida, sino una aceptación de la vida. Es esto lo que da ese acento infinitamente melancólico a las últimas páginas del libro, que no traslucen ninguna "aurora" social sino todo lo contrario. ¿No nos lo dice la misma autora, en la página más bella de su libro, que

el final del Quijote "es como un crepúsculo"?

¿Un libro desengañado? Un poco sí, del mundo, como el propio Cervantes, pero sin moraleja y sin veneno, desengañado no de "aquella" realidad sino de aquello en que todas las realidades se parecen, pero un libro creyente también del que se desprende más fe que de ningún otro en la perennidad del bien y del alma.

¿Es que acaso la justicia es irrealizable? En el mundo sí, parece decir la tristeza y cordura de Don Quijote, pero no en el alma. Pues una vez curado Don Quijote de empeños redentores en la historia, se vuelve a la soledad de su alma. Sabe que si no se acierta siempre a vivir bien, se puede siempre, al menos, bien morir. Don Quijote vuelve de la historia, va a su alma. De las soledades viene y a las soledades va, pero estas últimas ya no le fallan. Como Cristo, puede decir el impresionante "no ruego por el mundo", pero todavía queda un poco de tiempo para pedir que rueguen por su alma. La solución del libro me parece cristiana. Y lo cristiano es partir de la persona, creer en la salvación personal, no en la salvación social. Pero renovado el individuo, renovada su circunstancia, y renovada desde allí no puede ser ya alterada, renovada desde adentro. La revolución social va a los efectos, la renovación cristiana a las causas, o a lo que es más profundo que las causas, el origen. Don Quijote se vuelve al verdadero campo de batalla, donde no hay desproporción

entre el vencedor y el vencido porque son uno y el mismo.

Pero creemos que la verdadera lección de Cervantes es aún otra. No la de dar un punto de vista más sobre el hombre o las cosas, sino la de amar ese margen de misterio que todo fanatismo tiende a borrar. Margen que es lo cervantino por excelencia, que podemos encontrar en esos trazos "sobrantes" de su realismo y de su humorismo, por el que se escapa siempre a la reacción esperada y por tanto inevitable, a lo mecánico, que es lo único triste de veras. Ese margen también con el que no vivimos sino que nos vemos vivir a nosotros mismos, que es la "punta" misma del alma de que hablan los místicos, corriente silenciosa de la vida que no es agotada por nuestros actos o nuestras ideas y de la que brota en Cervantes esa peculiar alegría que ve lo perenne humano detrás de su necesaria máscara, que ve al hombre Alonso Quijano detrás de la locura y la tristeza de su representación. Y si al principio diferenciábamos a Cervantes de Ortega acaso lo hacíamos pensando en esta zona del alma que no participa de su quehacer y que al filósofo que definió la vida como quehacer o historia parece interesarle tan poco. Y que—con independencia del criterio de nuestra autora cuyo libro en otros aspectos nos ha enseñado y conmovido tanto—es el sitio eterno.

FINA GARCÍA MARRUZ

1950.

Adquiera en su librería

DIEZ POETAS CUBANOS

ANTOLOGÍA Y NOTAS

DE

CINTIO VITIER

Conozca los mejores poemas de: José Lezama Lima, Ángel Gaztelu, Virgilio Piñera, Justo Rodríguez Santos, Gastón Baquero, Eliseo Diego, Cintio Vitier, Octavio Smith, Fina García Marruz y Lorenzo García Vega.

EDICIONES "ORÍGENES"

El poeta Vicente Aleixandre dice, en carta a Cintio Vitier, de los "Diez Poetas Cubanos":

Su antología es realmente admirable, extensa para cada poeta, precedida de una penetrante nota crítica e informativa, juiciosa para el lector. Ha sido para mí un gozo habitar ese alto y vivaz ámbito de la nueva poesía cubana, tan rica y sorprendente, tan penetradora y ultimadora en su dimensión de radicalidad. Desde el mayor Lezama, vasto agitador del espíritu más fecundo en la nueva poesía, hasta el más joven, que es una mujer, Fina García Marruz, todo el panorama de la nueva luz está maravillosamente expuesto en este volumen que usted ha hecho y que es sin duda uno de los libros actuales capitales de nuestra lengua.

Viendo esta obra y repasando la colección de la revista ORÍGENES, ve uno el valor ejemplar que en el ámbito total tiene la poesía cubana, y la fuerza, el fuego espiritual que da sentido a ese admirable grupo de poetas, cuya vitalidad y alcance son ejemplares, y la perfecta emoción de la obra de arte que con el consiguiente haz de sus dones obtiene

LAS MORADAS

REVISTA DE LAS ARTES Y LAS LETRAS

Director:

EMILIO ADOLFO WESTPHALEN

Dirección:

Apartado 1020, Lima, Perú

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 3 DOLARES

INVENTARIO

Revista trimestral publicada por Fratelli Parenti,
Via XX Settembre 30, Florencia, Italia.

DIRIGEN:

L. BERTI y R. POGGIOLI

Suscripción: \$6 para las Américas.

Agentes: G. E. Stechert & Co.
31 E 10th St., New York City, N. Y.

SUSCRIBASE A LA REVISTA

Sur

Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

San Martín 689, Buenos Aires, Argentina

Presenta los más selectos escritores

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

Directora:

NILITA VIENTOS GASTON

Dirección:

DE DIEGO Y LOIZA

Apartado 1142, San Juan, (Puerto Rico)

Suscripción anual \$3.00

Próximamente número homenaje a Goethe

SUSCRIBASE A:

The Sewanee Review

SEWANEE, TENN
U. S. A.

COLABORAN: T. S. Eliot - J. Maritain -
R. P. Blackmor - Allen Tate - Wallace
Stevens, etc.

THE TIGER'S EYE

Editor: RUTH STEPHAN

Art Editor: JOHN STEPHAN

ADDRESS: Stone Legend
WESTPORT, CONN.

Ediciones:

ORIGENES

Publicados:

José Lezama Lima: *Aventuras sigilosas*

Cintio Vitier: *De mi provincia*

Eliseo Diego: *Divertimentos*

Octavio Smith: *Del furtivo destierro*

Fina García Marruz: *Transfiguración de
Jesús en el Monte*

Lorenzo García Vega: *SUITE para la es-
pera*

Cintio Vitier: *Diez poetas cubanos*

Paul Valéry: *La Joven Parca* (Traduc-
ción de M. Brull)

Eliseo Diego: *Calzada de Jesús del Monte*

Cintio Vitier: *El Hogar y el Olvido*

José Lezama Lima: *La fijeza*